VIAJE

DE

S. M. EL REY

DON ALFONSO XII DE BORBÓN

A VARIOS PAÍSES EXTRANJEROS

EN SEPTIEMBRE DE 1883

MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESUS

Juan Bravo, 5. — *Teléfono 2.198.*

ÍNDICE

	PÁGS.
Prólogo y viaje á La Coruña	1
De San Sebastián á París	35
De París á Nimphenburg	43
Baviera	47
Austria	55
Alemania	73
Bélgica	93
Francia	105
Regreso á España y entrada en Madrid	155
Conclusión	169

NOTA. — Por un error de copia, en la pág. 12, línea tercera, se dice 3 de *Octubre*, debiendo leerse 3 de *Septiembre*.

PRÓLOGO

Y

VIAJE Á LA CORUÑA

DESDE que S. M. el Rey Don Alfonso XII de Borbón consiguió restablecer en España la paz y cimentar el orden, largo tiempo perturbados, tenía pensado visitar á los Soberanos extranjeros que, durante su expatriación, lo acogieron cual correspondía; deseando S. M., al propio

tiempo que pagaba una deuda de atención, estrechar en beneficio de su patria la buena inteligencia que, por ventura, existe hoy entre ella y los demás países; pero los cuidados de la gobernación del Estado le impidieron, de mes en mes y de año en año, realizar este noble propósito.

Por otra parte, el Ministerio, que, presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta, subió al poder en Febrero de 1881, estuvo siempre conforme con la política expansiva, digámoslo así, del Ministro de Estado, Marqués de la Vega de Armijo, cuyo fin principal tendía á aumentar las relaciones generales de España con las Potencias extranjeras, procurando atraer así á campo más ancho, más útil y de más porvenir la pasión política, tan perjudicial al país mientras no sale de las mezquinas luchas personales y de partido. Componían el Ministerio á mediados de 1883:

Don Práxedes Mateo Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros.

El Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado.

Don Vicente Romero y Girón, de Gracia y Justicia.

El Capitán General D. Arsenio Martínez de Campos, de la Guerra.

El Vicealmirante D. Rafael Rodríguez Arias, de Marina.

Don Justo Pelayo Cuesta, de Hacienda.

Don Pío Gullón é Iglesias, de la Gobernación.

Don Germán Gamazo Calvo, de Fomento.

Y D. Gaspar Núñez de Arce, de Ultramar.

Decidióse, pues, por el Rey, de acuerdo con su Gobierno, que el viaje se llevaría á efecto á fines de verano y principios de otoño de ese mismo año de 1883, extendiéndose á cuantas naciones fuera posible ir. En su consecuencia, aceptó Don Alfonso las invitaciones que había recibido de los Emperadores de Alemania y de Austria para que asistiese á grandes maniobras, que en Septiembre habían de verificarse en ambos países;

y correspondiendo á los vivos deseos que, en nombre de su Gobierno, manifestaba el Embajador francés en Madrid, Sr. Barón des Michels, ofreció también detenerse en París y visitar al Presidente de la República.

Próxima ya la terminación de las obras de los ferrocarriles del Noroeste, Su Majestad se dignó acceder á las instancias de la Compañía, y se prestó á inaugurar solemnemente, antes de ausentarse, es decir, á mediados de Agosto, la última sección de esta importante línea, que pone en comunicación directa á La Coruña y Galicia toda con Madrid y el resto de España, emprendiendo su viaje al extranjero inmediatamente después.

Designó el Rey para acompañarle, á las personas siguientes:

FUNCIONARIOS DEL ESTADO

El Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado.

Don Manuel de Uriarte y Badía,

Jefe de Negociado en la Sección Administrativa del Ministerio de Estado y Secretario del Ministro.

AYUDANTES DEL REY

El Teniente General D. Ramón Blanco y Erenas, Marqués de Peña Plata, primer Ayudante de S. M.

El Brigadier de Infantería D. Miguel Goicoechea y Jurado, Ayudante de Campo.

El Coronel, Teniente Coronel de Artillería, D. Luis de Arístegui y Dolz, Conde de Mirasol, Gentilhombre de Cámara de S. M. y Ayudante de Órdenes.

CASA REAL

El Marqués de Alcañices, Duque de Sexto, Jefe Superior de Palacio.

El Conde de Morphy, Gentilhombre de Cámara del Rey y su Secretario particular.

La comitiva se redujo, según se ve,

á siete funcionarios con ocho criados (por llevar dos S. M.)

El Ministro de Estado participó confidencial y reservadamente á los Representantes de España en las principales naciones de Europa lo acordado, para formar, en vista de su contestación, y proponer á S. M. el itinerario del viaje.

Todo parecía ya corriente, y los Ingenieros, los empleados y los obreros de la Compañía del Noroeste no perdían un momento, procurando evitar el menor retraso en la apertura del camino, por depender de esta ceremonia el día de la marcha del Rey, cuando inesperados y bien lamentables sucesos político-militares, ocurridos simultáneamente en distintos puntos de la Península, en los primeros días de Agosto, muy pocos después de publicado en la *Gaceta* el Decreto de 30 de Julio anterior, que alzaba á todos los periódicos la pena de suspensión en que hubieran incurrido, hicieron temer que tampoco pudiera realizarse este año el viaje regio; pero el entusiasmo con que acogieron á S. M. los

cuerpos del Ejército, que creyó deber revistar antes de ir á La Coruña, demostró que nada impedía que el Rey se ausentara de España.

Surgió, sin embargo, nueva dificultad, que no estará de más consignar aquí.

De los documentos encontrados y declaraciones recibidas respecto de los recientes acontecimientos que quedan indicados, resultó clara é indudablemente que D. Manuel Ruiz Zorrilla, ex-Ministro del Rey Amadeo, y Jefe del partido revolucionario después, era el alma, el centro, el iniciador y director de las sublevaciones de Agosto. Fundado en esto, el Gobierno español pidió al francés que apartase de la frontera, donde se sabía que estaba, á Ruiz Zorrilla; pero el Gobierno de la República rehuyó durante mucho tiempo atender á esta demanda, pretextando que ignoraba dónde residía, y fué necesario que nuestros Representantes en Francia y Suiza averiguasen su paradero. Como la disculpa no era admisible, dadas las circunstancias del sujeto y la pericia de la policía francesa, se encargó al Embajador de S. M. en París, Duque de

Fernán-Núñez, hiciera presente que la visita del Rey Don Alfonso á Francia no era posible, mientras pareciera ser protegido allí el enemigo del orden y de la dinastía en España. Ruiz Zorrilla entonces, bien sea de *motu proprio,* ó secretamente obligado por agentes del Gobierno francés, marchó á Suiza, y el Gabinete de París, que, según dicen, contaba en su seno con algún amigo de él, manifestó inmediatamente á nuestro Embajador que Ruiz Zorrilla no se hallaba ya en el territorio de la República, y que estaban dispuestos á no admitirlo nuevamente en Francia; pues no consideraban derogada la orden de su expulsión, dictada anteriormente. Terminada así, es decir, de una manera que podemos llamar indirecta, la ocurrencia, quedó en el programa del viaje la visita al Presidente de la República, que, de lo contrario, hubiera sido probablemente eliminada; pero todos estos acontecimientos retrasaron considerablemente el cumplimiento de los deseos del Rey. Por otra parte, la duración de las maniobras, las largas distancias que se habían de recorrer, el

tiempo relativamente corto de que podía Su Majestad disponer, el estado de salud de la Reina de Inglaterra, que le impedía hallarse entonces en Londres y el no ser la estación oportuna para ir á Italia, fueron otras tantas razones que obligaron á limitar por esta vez, las visitas, á Francia, Austria, Alemania y Bélgica.

La circunstancia de terminar en La Coruña la nueva línea férrea, que S. M. iba á abrir al público, inclinaba el Real ánimo á hacer por mar la primera parte del viaje, embarcándose en aquel puerto ú otro de Galicia, para tomar tierra en Burdeos ó en el Havre; pero juiciosas consideraciones hicieron variar este propósito, decidiendo el Rey venir únicamente embarcado hasta San Sebastián, pasando por Lequeitio, para ver á su augusta Madre Doña Isabel II. El fuertísimo temporal que se levantó aquel día impidió que así se verificara.

Quedó fijada la salida de San Sebastián, por ferrocarril, para el día 5 de Septiembre, á fin de llegar en la madrugada del 6 á

París, donde permanecería S. M. hasta el día 7 por la noche, para poder visitar al Presidente de la República, Mr. Jules Grévy, atestiguando de esta manera, una vez más, las amistosas relaciones que mediaban entre los dos países.

Así se telegrafió el 30 de Agosto al Embajador en París, que contestó el 31, indicando otro entorpecimiento para la ejecución del plan. Manifestaba el Duque de Fernán-Núñez en su telegrama que, hallándose enfermo el Ministro de Negocios Extranjeros, no había podido aquel día notificarle la llegada del Rey y sus deseos de ver á Mr. Grévy; pero que, según aviso confidencial, si bien era cierto que este Jefe del Estado vendría inmediatamente de Mont-sous-Vaudrey á la menor indicación que se le hiciera, también lo era que tendría una *sorpresa grata* (*sic*) si se le manifestase que S. M. pasaba de riguroso incógnito, recibiendo tan sólo las visitas del Presidente del Consejo de Ministros y del Ministro de Negocios Extranjeros. Explicaba además que, por la larga distancia á que se hallaba de París, y por su estado valetudinario, sería

para Mr. Grévy una molestia grande sacarle de su retiro, y que su deseo y proyectos eran que el Rey, á su regreso de Alemania, permaneciera en París algunos días.

El Ministro de Estado telegrafió, en vista de estas indicaciones, al Embajador en París (el 1.º de Septiembre), que el propósito del Rey era precisamente el de comenzar su viaje visitando á la ida al Presidente de la República, para acallar hablillas, siendo á la vuelta más difícil detenerse en París por falta de tiempo. Contestó al día siguiente el Duque de Fernán-Núñez, que el Introductor de Embajadores había ido á manifestarle el deseo de Mr. Grévy de aplazar la visita Real para el regreso de Don Alfonso, y añadía que todos los periódicos de París afirmaban que el Rey pasaría de incógnito á la ida, y que á su vuelta se detendría unos días; temiendo el Embajador que el no acceder á este ruego y el atravesar á París de corrida, después de haber estado bastantes días en Austria y en Alemania, produciría mal efecto, y aun complicaciones, con los incidentes ocurridos relativamente á

Ruiz Zorrilla. La ausencia de S. M. (ya en La Coruña) impedía tomar decisión alguna, y así se dijo al Embajador en 3 de Octubre; pero al siguiente día le telegrafió el Ministro de Estado, desde San Sebastián, que el Rey tomaba en consideración lo manifestado, y que, correspondiendo á los deseos del Presidente de la República, sólo se detendría en París, de riguroso incógnito, el jueves 6, hasta la salida del tren para Munich.

Todo cuanto queda relatado demuestra los sentimientos del Rey Don Alfonso XII hacia Francia, y que, si no se cumplieron sus sinceros deseos de visitar oficialmente al Jefe de aquel Estado á su salida de España, fué únicamente por complacerle y darle esa muestra más de atención.

Antes de empezar la narración del viaje de S. M. al extranjero, apuntaremos aquí un resumen de lo que queda dicho y de los acontecimientos más notables del verano de 1883.

S. M. la Reina Doña María Cristina

salió de Madrid el lunes 11 de Junio, con sus augustas hijas, la Princesa de Asturias y la Infanta Doña María Teresa, en dirección á los Baños de Frœnzenbad, de donde regresó el 31 de Julio con toda felicidad, habiendo visitado S. M. á una parte de su familia en Lindau, Munich y Viena. Acompañaron á la Reina, durante este viaje: el Duque de Tetuán, la Duquesa de Medina de las Torres y D. José María de Zárate.

S. M. el Rey se adelantó de madrugada hasta la estación del Escorial, con las Infantas Doña Isabel y Doña Eulalia, para recibir á la Reina, siguiendo toda la Real Familia para San Ildefonso, donde llegaron en la misma mañana del día 31 de Julio, á las once y cuarto.

En la *Gaceta* del 27 de Julio se publicó un Decreto del día anterior, declarando terminada la legislatura, y en las del 31 del mismo mes y 1.º de Agosto siguiente apareció otro Decreto del 30 de Julio, alzando á los periódicos la pena de suspensión en que hubiesen incurrido.

El día 5 de Agosto, parte de la guarnición de Badajoz se sublevó á los gritos de « ¡viva la República, la Constitución de 1869 y Ruiz Zorrilla! », prendiendo á las Autoridades civiles y militares, á la mayor parte de los Jefes y Oficiales y á cuantos no quisieron seguir el impulso revolucionario. El Gobierno propuso á S. M., que tuvo á bien firmar el Decreto, la suspensión de las garantías constitucionales en el Distrito militar de Extremadura, y dispuso la inmediata salida del General Marqués de Peña Plata, que marchó aquella misma noche para Extremadura, con las fuerzas necesarias.

Pocas horas después (*Gaceta* del 6 de Agosto), es decir, á las doce y media del día 6, recibieron los Ministros de la Guerra y Gobernación telegramas de las Autoridades legítimas, puestas ya en libertad, participándoles que los insurrectos huían hacia Portugal, llevándose cerca de medio millón de pesetas de las cajas del Estado y de los regimientos.

Durante la noche del 7 al 8 un regimiento de Caballería, acantonado en Santo

Domingo de la Calzada, abandonó su cuartel, al mando de un Teniente de la Reserva; pero el Coronel y Oficiales, con sólo cuatro sargentos y unos ochenta soldados, lograron alcanzarlos en Villanueva de Cameros, y reducirlos á la obediencia debida, siendo muerto por uno de los mismos insurrectos el Teniente de la Reserva que los había inducido á faltar á sus deberes.

En vista de estas noticias, se amplió la suspensión de garantías á toda la Península, apareciendo el Decreto en la *Gaceta* del 9 de Agosto.

No puede calificarse de exagerada esta precaución, pues en la madrugada de aquel mismo día 9, unos 400 hombres de la guarnición de la Seo de Urgel se declararon en rebelión, al mando del Teniente Coronel de la Reserva, Sr. Fernández, y al propio tiempo se levantaron algunas pequeñas partidas de paisanos en Cataluña. SS. MM. el Rey y la Reina, en vista de lo que acontecía, volvieron á Madrid en la tarde del día 10, dejando á la Princesa de Asturias y á las Infantas en San

Ildefonso, y hallaron en la capital á todo el Ministerio, algunos de cuyos miembros, que estaban en diferentes puntos tomando aguas minerales, habían regresado sin tardanza.

En los días 10 y 11 fueron presentándose la mayor parte de los soldados, y refugiados los demás en Francia, sólo hubo que perseguir dos reducidos grupos de paisanos, que no tardaron en disolverse. (*Gaceta* del 12 de Agosto.)

Después de oir, en varios Consejos de Ministros, el parecer de su Gobierno, dispuso el Rey revistar la guarnición de Madrid, así como las de varios Distritos militares, y el lunes 13 formaron, al efecto, en los paseos de Recoletos y de la Fuente Castellana, las fuerzas que se hallaban en la Corte. Tanto á la ida como á la vuelta de la revista, que se verificó en traje de campaña, fué S. M. aclamado calurosamente por la multitud que llenaba las calles del tránsito. Al desfile asistió en carruaje S. M. la Reina, acompañada de su dama de guardia, que lo era ese día la Señora de

Martínez de Campos, esposa del Ministro de la Guerra.

Á las siete de la tarde del viernes 17 del expresado mes de Agosto, salió el Rey para Valencia, con el Ministro de la Guerra, sus Ayudantes y los Sres. Marqués de Alcañices, Conde de Sepúlveda y Doctor Camisón, Médico de Cámara; y la Reina regresó al día siguiente á San Ildefonso.

El 20 por la mañana continuó Su Majestad el Rey el viaje, y después de cortas estancias en Castellón, Tortosa, Tarragona y Villafranca, llegó á las seis y veinte minutos de la tarde á Barcelona, donde permaneció hasta el jueves 23 por la mañana, objeto siempre de las mayores demostraciones de respeto y cariño.

Las poblaciones de Tarrasa, Sabadell y Manresa y su multitud de obreros, así como todas las demás del tránsito hasta Lérida, ocupaban las estaciones del ferrocarril, con los somatenes armados, y prorrumpían en aclamaciones entusiastas al paso del tren Real.

Revistada la guarnición de Lérida, siguió S. M. para Zaragoza, vitoreado por todo el camino, llegando á las cinco y media de la tarde á la capital aragonesa, que recibió al Rey triunfalmente.

De Zaragoza salió S. M. con dirección á Logroño y Burgos el sábado 25, á las seis y media de la mañana, deteniéndose unos instantes en Tudela y más de dos horas en Logroño, donde revistó la guarnición. Entre ésta se hallaba el regimiento de Caballería de Numancia, que se había sublevado en Santo Domingo de la Calzada, cuya fuerza aclamó ardientemente al Rey.

Entró S. M. en Burgos á las cuatro y media de la tarde de ese mismo día, recibiendo allí, como en todas partes, vivísimas pruebas de adhesión.

En la noche del 26 salió el Rey de Burgos, y reuniéndose con su augusta Esposa en Villalba, entraron SS. MM. en Madrid el lunes 29, á las siete y tres cuartos de la mañana.

La actitud de las numerosas fuerzas

que el Rey acababa de revistar, durante los nueve días que duró su expedición, fuerzas que subieron á unos 30 regimientos y 27 batallones, baterías y escuadrones sueltos, y las protestas de sincera adhesión de las poblaciones todas por donde pasó S. M. trajeron al real ánimo y al juicio del Ministerio el convencimiento de que podía, sin inconveniente alguno, verificarse el viaje del Rey al extranjero.

Dispúsose, pues, la inmediata salida para La Coruña, que tuvo, en efecto, lugar el viernes 31 de Agosto, á las ocho y cuarenta minutos de la mañana. Acompañaban á Sus Majestades: los Marqueses de Alcañices y de Santa Cruz; los Ayudantes del Rey, General Marqués de Peña Plata, Brigadier D. Miguel Goicoechea y Coronel Conde de Mirasol, y varias otras personas de su servidumbre, á cuya comitiva se unió, en Lugo, la Duquesa de Medina de las Torres, Aya de Sus Altezas, que, por imposibilidad de la Marquesa de Santa Cruz, hacía las veces de Camarera Mayor.

Aquella mañana firmó el Rey el Decreto derogando los de fecha 5 y 8 del mismo mes, con lo cual dejó restablecidas las garantías individuales en toda su plenitud, antes de emprender su viaje.

Saludaron á SS. MM. en Ávila las autoridades provinciales y municipales, y lo mismo tuvo lugar en Valladolid y en Palencia.

De orden de S. M. el Rey, dada á su paso por esta última estación y comunicada por el Capitán General de Castilla la Vieja, D. Emilio Calleja, al bizarro é ilustrado Coronel del regimiento de lanceros de España, 7.º de Caballería, D. Luis Salvado, se encontraba este Cuerpo formado en la estación del Noroeste, en Palencia, en orden de parada y en línea paralela á la vía, sobre unas tierras labradas, limitadas por su frente de batalla. En esta disposición hizo los honores de ordenanza á SS. MM., que apeándose, acompañadas del séquito militar, se dignaron revistar prolijamente el regimiento en el orden reglamentario, mandando á su Jefe verificase varias evoluciones al galope, con repetidas

cargas, cuyas operaciones fueron ejecutadas con admirable precisión, ceñidas al terreno y á satisfacción de las Reales Personas y cuantos las rodeaban. El augusto Soberano dispuso cesara la maniobra con una carga en línea, en que quedaba el regimiento sobre el mismo frente y terreno en que se hallaba al comenzar; de esta formación se pasó al orden de parada y SS. MM. subieron, con los honores correspondientes, al tren, que se puso en marcha á las seis y quince, llegando á las ocho y cincuenta minutos á León.

Allí esperaban á los Reyes todas las Autoridades, Corporaciones eclesiásticas, civiles y militares con bandas de música y un público numerosísimo, que aclamaron con entusiasmo á las Augustas Personas. Terminadas las presentaciones, se sirvió la comida en el espacioso salón-comedor de la fonda de la estación, lujosamente adornado, sentándose á la mesa, además del séquito compuesto de las personas arriba citadas, las Autoridades y Corporaciones de León, Senadores y Diputados á Cortes de las provincias de Palencia, León y

Galicia, los miembros del Consejo de la Compañía con el digno Presidente del Comité de París, Mr. Donon, altos empleados de la misma y varias otras personas de distinción, hasta el número de unas 260. Concluída la comida, que duró cerca de hora y media, los Reyes conversaron con muchos de los invitados, y á las once y media volvieron al tren, continuando su viaje.

La parte de línea comprendida entre León y Ponferrada se recorrió de noche, por lo que no pudieron admirarse las magníficas vistas que ofrecen las llanuras comprendidas entre León, Astorga y Brañuelas. Desde esta última estación se principia á atravesar la sierra del Manzanal, cruzada por una sección de más de 50 túneles, muchos de ellos (como los de las Fraguas, que son notables) abiertos en roca viva, siendo el de mayor longitud de 1.200 metros, y no bajando los demás de 300; existen grandes terraplenes, desmontes de elevada cota é importantes muros de contención de mampostería concertada, entre los que llaman la atención los de Torre y Bembibre,

donde hubo necesidad de desviar el Sil, para emplazar la vía, con grandes dificultades, por la angostura del terreno, vencidas todas ellas con mucha inteligencia y considerables gastos.

Habremos de citar también, como obra de mérito y rara, el paso de la divisoria del Manzanal, por La Granja, con pendientes de uno al dos por ciento, en cuyo descenso describe la línea una Q, de la que sale por el túnel llamado, con toda propiedad, del Lazo (porque lo forma realmente, abierto en curva por debajo de la misma vía, como se halla), para tomar el nivel y rasante en dirección á Galicia, cerca de Torre.

A la llegada á Ponferrada, en que ya alumbraba el sol, ofrecía la población preciosa vista panorámica. Descansando sobre un cerro que domina al río Sil, se destaca el castillo de la antiquísima Orden militar de los Templarios, de tanto renombre en la historia. Aquí se detuvo el tren once minutos, para el desayuno de los expedicionarios. Las Autoridades del pueblo y de otros de la comarca ofrecieron sus saludos á SS. MM., y la

numerosa multitud que rodeaba la estación las aclamó con entusiasmo, presentando á las Personas Reales, comparsas de jóvenes vestidas á la usanza del país, ramos y canastillas de flores y otros obsequios.

De Ponferrada á Toral de los Vados, último pueblo de la provincia de León, el trayecto es sólo de 15 kilómetros, que se recorrieron en diez minutos. Entre Toral y Quereño, primer pueblo de Galicia, perteneciente á la provincia de Orense, se encuentra el estrecho llamado de Cobas, que atraviesa el río Sil, el de las *arenas de oro,* denominado así por encontrarse entre las mismas este precioso metal; pero tan escaso y difícil de extraer, que las gentes del país, que se dedican á su busca por el lavado de la arena, sólo consiguen un escaso jornal.

El río Sil, cuyo curso sigue la línea, desde su salida del Manzanal, forma el límite de la provincia de León con Galicia; es profundo, de aguas limpias y cristalinas y muy abundante en ricas truchas de tamaño extraordinario, pues alcanzan hasta

26 libras algunas, y de 14 y 20 se pescan con frecuencia. El paso de este río en el citado estrecho de Cobas, es curioso y pintoresco en extremo. Corta el río al cerro en roca viva, que á izquierda y derecha ha sido abierta á pico y barreno para dar paso á la vía férrea, por dos túneles de 200 á 300 metros, y apoyado en uno y otro lado, sin otro estribo, se tiende un puente de hierro de un solo tramo de 30 metros de luz y 20 de elevación sobre las aguas del río. Tanto bajo el punto de vista de la naturaleza, como bajo el de la ciencia y el arte con que se realizó la obra, el paso de Cobas es precioso y soberbio á un tiempo, y encanta la bellísima perspectiva que presenta, siendo digna de admiración la elevada peña en que penetra el tren por la parte de León, para atravesar el río, volver á entrar en la roca á la orilla de Galicia y salir gallardo y empenachado en la provincia de Orense. Diez horas, no diez minutos, hubieran sido necesarias para examinar y contemplar tanto éste como otros varios puntos de la línea de Palencia á La Coruña; y

antes de que dejemos las derivaciones de la Sierra del Manzanal, para pasar á las de Piedra Fita, ya en plena Galicia, consignaremos que del seno de aquélla surgen dos caudalosos ríos de nuestra Península: el Duero, de la vertiente Nordeste, y el Miño, de la del Sudoeste.

Aunque mucho notable pudiera reseñarse de lo que se atraviesa desde Cobas, nos limitaremos á citar aquí á Rua-Petín, distrito de Valdeorras, donde fué necesario detener el tren en el apeadero de Montefurado para examinar la montaña, fuera de la vía, que atrae las miradas del viajero. Este cerro ofrecía un dique al río Sil que le obligaba á dar largo rodeo, perdiéndose con esto para el cultivo una grande extensión de terreno; pues bien: los antiguos (la tradición supone que fueron los romanos, pues no se conoce otro escrito) abrieron el cerro por medio de un túnel, dando por él paso al río, que al lado opuesto vuelve á tomar su cauce natural. Esta obra es admirable, dada su antigüedad, pues si bien hoy sería fácil de ejecutar, en los

tiempos en que se llevó á cabo resultaba atrevidísima y rodeada de obstáculos sin cuento, que tuvieron que vencerse con los escasos medios de que entonces podían disponer. Por esto viene llamándose á este punto Montefurado, derivación de *monte-forado* ú *horadado,* aunque algunos le aplican el nombre de *monte del diablo,* por atribuir obra tan extraordinaria á causas sobrenaturales.

De aquí á Monforte, ciudad de los antiguos y poderosos Condes de Lemus, cuyo castillo y propiedades anejas pertenecen hoy á la casa de los Duques de Alba, en que entroncó el condado, son tantos los paisajes encantadores y las obras importantes de la línea que rápidamente pasan ante la vista, que se necesitaría un libro para describirlas, pues no caben en la ligera reseña que trazamos.

Entre los primeros descuellan San Clodio, que descansa en anfiteatro á la izquierda de la vía, en la ladera de larga y elevada montaña, donde la vid produce selectos vinos; á la derecha un extenso valle de verde alfombra, poblado de castaños corpulentos,

y por fin los puentes de hierro de Soldon, de Sequeiros, de Rairos, de Lor, con 30 metros de elevación, y de Rubín.

En la estación de Monforte, situada á la mitad próximamente de la parte nueva de la línea que se inauguraba, tuvo lugar, á las once y media de la mañana, un espléndido almuerzo. Mr. Donon, Presidente del Consejo de Administración de la Compañía, pronunció un notable discurso alusivo al acto que se verificaba. El Rey le contestó enalteciendo los beneficios de la paz que había prometido pocos años antes, á estas mismas provincias; con elocuente frase hizo S. M. delicadas alusiones á la fusión de los capitales extranjeros con los españoles, y terminó brindando por la unión de Francia y España. Esta improvisación, llena de fuego, de patriotismo y de sentimientos amistosos hacia la nación vecina, en que S. M. alternaba los dos idiomas, según se dirigía á los importantes financieros franceses que formaban parte del Consejo de Administración de la Compañía, ó al gran número de españoles que le escuchaban, fué aplaudida

con verdadero entusiasmo por todos los allí presentes, que vitorearon al Rey calurosamente, cada uno en su lengua. Y no murieron en Galicia las palabras de S. M., pues según pudo verse después, el eco de sus frases de concordia tuvo resonancia allende los Pirineos, como manifestó el Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Challemel Lacour, cuando á los pocos días pasó el Rey por París.

Puesto nuevamente en marcha el tren, hubieron de admirarse aún bellos panoramas hasta llegar á Lugo y también obras como la de Rubián, el largo túnel del Oural, y el soberbio viaducto de Linares.

Eran ya las dos de la tarde cuando el tren Real pasaba por Lugo, siendo saludados los Reyes por todas las Autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Allí se incorporaron á la Comitiva regia el Capitán General de Galicia, el Diputado D. Cándido Martínez y la Duquesa de Medina de las Torres.

A poco de salir de Lugo, el horizonte se dilata, y desde que se entra en la provincia

de La Coruña, el terreno va descendiendo en suaves ondulaciones, cuya lozana y perenne vegetación recrea sobremanera la vista.

El tren se detuvo varias veces para que los Reyes y su séquito pudieran examinar las obras más notables, y á las siete próximamente, entraron SS. MM. en La Coruña, en medio de aclamaciones, que puede decirse no habían cesado desde su salida de Madrid.

Después de asistir al solemne *Te Deum* que en la Iglesia de San Jorge entonó el Cardenal Arzobispo de Santiago, asistido por el Arzobispo de Manila, pasaron los Reyes al Palacio de la Diputación provincial, donde se había preparado su alojamiento, y presenciaron desde uno de los balcones el desfile de las tropas.

En la mañana del domingo 2 de Septiembre, después de oir Misa en la Capilla de la Diputación, salieron SS. MM., el Rey, á ver el Hospital Militar y los cuarteles, y la Reina, para ir á los establecimientos de beneficencia, donde dejó cuantiosas limosnas.

A las tres de la tarde visitaron las

Reales Personas la Escuadra de instrucción, compuesta de las fragatas *Numancia, Carmen, Vitoria* y *Lealtad,* pasando después al vapor francés *Péreyre,* en que había venido de Burdeos, con el solo objeto de saludar á SS. MM., el conocido banquero que lleva el mismo nombre, acompañado de una escogida sociedad de señoras y caballeros franceses.

Admitido por los Reyes el magnífico refresco que se les tenía preparado, Mr. Eugène Péreyre brindó por SS. MM., que le expresaron á su vez su agradecimiento. Conversaron amablemente con algunos de los presentes, y regresaron á tierra á las seis de la tarde.

Después de la comida, que fué oficial, hubo función regia en el teatro, cantando el célebre Tamberlik la ópera *Poliuto,* y allí como en todas partes fueron recibidos los Reyes con grandes demostraciones de respetuoso cariño.

El estado del mar y el duro temporal que reinaba hicieron suspender la salida de los Reyes para San Sebastián, aquella noche, obligándoles á dejar para el día siguiente su

viaje; y no habiendo cesado el mal tiempo, tuvieron SS. MM. que efectuarlo por ferrocarril, con su séquito, á las siete y media de la mañana del 3; despedidas por un numeroso público, que las aclamaba con entusiasmo, despreciando la incesante lluvia que caía.

Lo mismo ocurrió en Lugo, Astorga y León, donde comieron SS. MM. á las diez de la noche, continuando su viaje sin novedad.

Saludados los Reyes en Vitoria, á las nueve y media de la mañana del martes 4 de Septiembre, por todas las Autoridades y gran muchedumbre, llegaron á San Sebastián á la una y cincuenta minutos de la tarde.

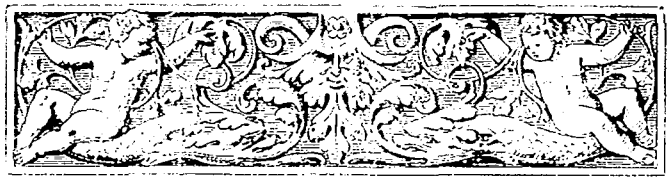
En la estación esperaban, con el Ministro de Estado, que llegó aquella misma mañana, todos los funcionarios públicos y las personas más distinguidas de la población y de la colonia veraniega. El tránsito hasta la hermosa iglesia de Santa María estaba cuajado de gente, que vitoreaba á porfía al Rey y á la Reina.

Después del *Te Deum*, fueron Sus Majestades á las Casas Consistoriales para recibir

á las Autoridades, Corporaciones y personas principales de la ciudad y de la provincia, volviendo luego á la estación, con el fin de saludar á la Reina Pía de Portugal, que pasó en el tren exprés con dirección á Lisboa.

Encamináronse los Reyes desde la estación al Palacio de Ayete, residencia de verano de la Duquesa viuda de Bailén, que tuvo la honra de hospedarlos, así como á S. M. la Reina madre Doña Isabel, que llegó de Lequeitio á las cuatro y media de la misma tarde, para despedir á su augusto Hijo al día siguiente.

Á las cinco de la tarde revistó el Rey las tropas de la guarnición, visitó los cuarteles, y después de la comida oficial, dada en su alojamiento, concurrió la Corte al teatro.



DE SAN SEBASTIÁN Á PARÍS

EUNIDAS en la estación de San Sebastián el miércoles 5 de Septiembre, á las nueve y media de la mañana, la Reina madre, las Autoridades provinciales y locales y lo más escogido de la capital guipuzcoana, despidieron á S. M. el Rey, que, con la Reina Doña María Cristina, tomó el tren exprés de

París. Quiso esta augusta Señora acompañar á Don Alfonso XII hasta Hendaya (primera estación francesa) y sólo llevó consigo á su Mayordomo Mayor, el Marqués de Santa Cruz, y á la Duquesa de Medina de las Torres. También fueron hasta Hendaya el Director general de Obras públicas, Marqués de Aguilar de Campóo, y D. Manuel Alonso Martínez, con otros varios miembros del Consejo de Administración de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España.

En el momento mismo de salir el tren, recibió el Ministro de Estado y hubo de descifrarse en camino, un largo telegrama del Embajador en París, manifestando que en la frontera se pondría á las órdenes del Ministro, un Comisario de policía francés, especialmente designado para acompañar á Su Majestad durante su permanencia en el territorio, y que la policía había adoptado todas las disposiciones *imaginables* para la seguridad de la persona de S. M., á cuyo fin se creía conveniente que el Rey, á su llegada á París, permaneciera un cuarto de hora en el vagón,

recibiendo allí á las personas que acudiesen á saludarle, con lo cual se daría tiempo á que se despejase el andén.

Muy de agradecer es que el Gobierno francés tomara todas estas precauciones, y sólo es de sentir que no hiciera otro tanto al regreso del Rey, cuando había motivos fundados para temer los desórdenes que ocurrieron.

En la estación fronteriza francesa de Hendaya, esperaba á SS. MM. el Cónsul general de España en Bayona, D. Manuel Alarcón, acompañado de los Vicecónsules D. José Congosto y D. Juan José de Monasterio, y después de ofrecer sus respetos á los Reyes, presentó á las Autoridades francesas que allí estaban (con uniforme de gala) y eran: el Prefecto de Pau, Mr. Laurent; el Subprefecto de Bayona, Mr. Loliec: el General Jefe de la División de Bayona, Mr. Gaillard, con su Jefe de Estado Mayor, Mr. Langalerie; el Capitán del mismo Cuerpo, Mr. Libran y su Ayudante el Teniente de Infantería Mr. Laplagne; el Comandante del cañonero francés *L'Épieu,*

surto en el Bidasoa, Mr. Bertaut, y el Subinspector de Aduanas, Mr. Bailly.

Secciones de Gendarmería de Marina y de Aduaneros, al mando de sus respectivos Tenientes, hicieron los honores, á pesar del incógnito riguroso, formando calle hasta una sala de la estación, donde SS. MM. almorzaron con las personas de su comitiva.

Por conducto del Duque de Fernán-Núñez, había ofrecido la Compañía de «Wagons-lits» dos coches de su propiedad, uno con camas y el otro salón-comedor, pero únicamente se tomó en Hendaya un salón de los Caminos de Hierro del Mediodía de Francia, telegrafiando á Burdeos para que preparasen berlinas-camas.

Terminado el almuerzo y llegada la hora reglamentaria de la salida del tren exprés (doce y diez minutos de la tarde), Don Alfonso XII se despidió cariñosamente de la Reina (cuya Real mano besaron los que tenían la honra de marchar con el Rey), y subió al coche. Doña María Cristina, la augusta y amante esposa de nuestro Soberano, permaneció muy

conmovida en el andén hasta perder de vista el convoy, y tomó á su vez uno especial, para regresar directamente á San Ildefonso.

Dos periódicos españoles, tan sólo, enviaron redactores suyos á este viaje, *La Correspondencia de España* y *La Época;* representando á éste D. Alfredo Escobar y al primero D. Francisco Peris Mencheta, bien conocidos ambos del público madrileño todo, y debe hacérseles la justicia de que no escasearon diligencias, fatigas, molestias ni gastos para presenciar y dar cuenta exacta de cuanto ocurrió.

Á las cinco y treinta y cinco minutos llegó el tren á Burdeos y se sirvió la comida en una sala aparte de la estación, donde recibieron á S. M., el Cónsul Sr. Pereyra y el Inspector del ferrocarril. El violento temporal que reinaba aquella tarde interrumpió el telégrafo, no pudiendo recibirse el pedido de berlinas-camas hecho desde Hendaya; hubo, pues, que conformarse con carruajes ordinarios de 1.ª clase y una sola berlina, galantemente cedida por un viajero, que ocupó S. M. con

los Marqueses de la Vega de Armijo y de Alcañices.

Sin que nada de particular ocurriera durante la noche, llegó Don Alfonso XII el jueves 6 de Septiembre, á las cinco y veintisiete minutos de la mañana, á París, hallando en la estación á su señor Padre, el Rey Don Francisco de Asís; al Duque de Fernán-Núñez, con todos sus subordinados (de levita); al Secretario de la Presidencia de la República, General Pittié; al Introductor de Embajadores, Mr. Mollard, y muchos españoles de distinción, residentes en París; y después de saludar afectuosamente á todas estas personas, tomaron los Reyes y su comitiva los coches del Embajador, trasladándose á lo que se puede llamar, sin exageración, el Palacio de España, pues tal nombre merece el hermoso hotel de la rue Saint-Dominique, número 53, donde los Duques de Fernán-Núñez han instalado, suntuosamente, la representación de su país.

En la Embajada esperaban á Su Majestad, además de la Duquesa de Fernán-Núñez con sus dos hijos (los Marqueses de la

Mina y de Castel Moncayo), el Infante Duque de Montpensier y varias señoras españolas.

Después de desayunarse y mudar de traje, salió el Rey, con el Duque de Montpensier, á tiendas, comprando, entre otros objetos, dos hermosos abanicos, uno para la Reina y otro para la Infanta Doña Paz.

A la una, fué Don Alfonso XII á almorzar á la casa de campo del Rey Padre, en Epinay, acompañándole el Marqués de la Vega de Armijo, algunas otras personas de la comitiva y el Duque de Fernán-Núñez, con el primer Secretario, Sr. de Arellano. A su vuelta recibió el Rey, en la Embajada, al Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Challemel Lacour, que venía á saludar á S. M. en su nombre y en el del Presidente del Consejo de Ministros, Mr. Ferry, ausente de París. Mr. Challemel Lacour expresó al Rey la satisfacción que tendría el Gobierno francés en presentarle sus homenajes, cuando, al regresar de Bélgica, se detuviese S. M. en París unos días. Manifestó asimismo la favorable acogida que en Francia había recibido el discurso pronunciado

recientemente por el Rey en Monforte, al inaugurar el ferrocarril de Galicia, por las galantes alusiones que hizo al auxilio prestado por los franceses á nuestras obras públicas.

Asistieron á la comida Real en la Embajada (seis y media de la tarde), además de la comitiva, á la que se incorporó el Conde de Morphy, los Ministros de España en Londres y en Bruselas (Sres. Marqués de Casa-Laiglesia y D. Rafael Merry del Val), y en el tren de las ocho y media de la noche salió Don Alfonso XII, con su séquito, para Munich, siempre de riguroso incógnito.

DE PARÍS Á NIMPHENBURG

EL viernes 7 de Septiembre, á las seis de la mañana, llegó el tren á Deutsch-Avricourt, primera estación en territorio alemán, donde presentó sus respetos al Rey, en nombre de sus Jefes, un empleado superior de aquellos ferrocarriles.

Á las ocho y doce minutos se entraba en la estación de Estrasburgo, cuyo Jefe, con uniforme de gala (así como los demás empleados), condujo á S. M. á los salones reservados del Emperador de Alemania, en los que se sirvió un abundante desayuno.

En la estación de Oos (diez y cuatro minutos) esperaban á S. M., con otros varios españoles, el Marqués de Malpica y D. Arturo Heeren, que habita una magnífica villa en Baden-Baden. Invitados ambos por el Rey, subieron al vagón, acompañándole hasta Karlsruhe. El Sr. Heeren, que tiene arrendada la caza de los extensos bosques vecinos (más de quince mil hectáreas), ofreció á Don Alfonso XII una cacería en ellos, dejando el día á su elección; pero no pudo S. M. aceptarla, con marcado sentimiento suyo, por no quedarle tiempo disponible para ello.

El General Von-Vogel, Comandante de la plaza de Karlsruhe, se hallaba en la estación de este punto (diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana), con todo su Estado mayor, de gala, para saludar al Rey. Su

Majestad bajó á hablar con estos Oficiales durante los diez minutos que allí pára el tren, despidiéndose al propio tiempo de los señores Marqués de Malpica y Heeren.

Preparóse, en el entretanto, el almuerzo en el vagón, para que el Rey y su comitiva pudieran tomarlo, andando el tren.

BAVIERA

A poco de salir de la estación de Passing (siete y cuarto de la tarde) empezaron á distinguirse, en lontananza, los focos eléctricos que alumbraban la de Munich, no tratando de disimular Don Alfonso XII la alegría que le causaba volver á ver á su augusta Hermana

Doña Paz, hoy Princesa de Baviera, tan querida de los españoles todos, que no olvidan su buen corazón y las notables prendas con que Dios quiso adornarla.

Á las siete y veinticinco minutos de la noche, entró el tren en la estación de la capital de Baviera, cuyo Soberano, Luis II, se hallaba á la sazón ausente. Esperaban á Su Majestad: la Infanta Doña Paz y su esposo el Príncipe Luis Fernando (de uniforme), con su hermano el Príncipe Alfonso; el Coronel Conde de Zech, Mariscal ó Jefe de la casa de SS. AA.; la Camarera Mayor, Baronesa de Reichlin Meldegg; el Secretario Winterhed; el Dr. Schroeder; el Presidente de la Policía, Barón de Pechman; el Vicecónsul de España, Sr. Rosipal; los Sres. Tubino, Fabié y algunas otras personas.

Después de abrazar el Rey á los Príncipes con efusión, dió el brazo á Doña Paz, que, sumamente conmovida, llevó á S. M. al salón real de la estación, donde tuvieron lugar las presentaciones de costumbre. Terminadas éstas, trasladóse la regia comitiva á

Nymphenburg, en cuatro coches de gala. Del que ocupaban las Personas Reales, tiraban los cuatro caballos, regalo de boda de Don Alfonso XII á su augusta Hermana.

S. A. R. la Infanta Doña Amalia, madre del Príncipe Luis Fernando, y sus dos hijas, las Princesas Eloísa y Clara, con toda su servidumbre, recibieron cariñosamente al Rey en el hermoso vestíbulo-salón de baile del Palacio de Nymphenburg, donde le dieron la bienvenida; y precedidos de dos criados con hachas encendidas, le acompañaron hasta su habitación, que es la que está siempre pronta para alojar al Rey de Baviera.

Á las ocho y media tuvo lugar la comida-cena de familia con los Jefes de Palacio y séquito español; y no cesaron durante ella de manifestar los Príncipes su gozo por albergar, aunque por poco tiempo, al excelso huésped, tan sinceramente querido. Por una delicadísima atención, habíanse atado los barquillos destinados al helado, con cintas de los colores de España y de Baviera.

Retiráronse temprano S. M. y AA., y

al día siguiente, sábado 8 de Septiembre (festividad de la Virgen), á las nueve de la mañana, después de tomar el chocolate juntos, Don Alfonso XII y Doña Paz, fueron con el Príncipe y el acompañamiento del Rey, á oir misa á una capillita dedicada á Santa Magdalena, en medio del parque.

Este pequeño edificio, al que se ha dado exteriormente el aspecto de una ruina, se halla adornado por dentro con mariscos y piedrecitas de colores. Los candeleros del altar son de plata labrada, y las velas, preciosamente trabajadas, han sido regaladas á los Príncipes por el Patriarca de las Indias.

Después de misa, despidió el Rey á su comitiva y fué á pasear con SS. AA. Don Luis Fernando y Doña Paz, por los encantadores jardines que, cuando muy joven, había recorrido.

Los funcionarios españoles aceptaron gustosos la amable oferta de ir en los coches de Palacio, acompañados del Sr. Ruez, Capellán de SS. AA., á visitar la ciudad de Munich,

notable por sus monumentos y por las obras de arte que éstos encierran.

Á la una y media tuvo lugar una comida de etiqueta en el Palacio de Nymphenburg, asistiendo á ella, además de los séquitos del Rey y de los Príncipes, los consejeros íntimos, Sres. de Rumpter y Sichever, y los funcionarios bávaros que vinieron á Madrid cuando la boda de SS. AA. Después de la comida, el Rey y los Príncipes, con sus comitivas, visitaron la Exposición de Bellas Artes de Munich, donde, accediendo á los deseos allí manifestados, se dejaron fotografiar en grupo, en la sala de honor de la sección española.

Á la Infanta Doña Paz, tan amante y protectora de las bellas artes, se debe el papel brillante que en esta Exposición hizo la pintura española, representada por algunos de sus mejores cuadros modernos, traídos á tan larga distancia gracias á la poderosa influencia de S. A., secundada con el mayor celo por el Comisario español Sr. Tubino. Después de recorrer casi todas las salas del edificio, Don Alfonso XII y su augusta Hermana fueron á ver

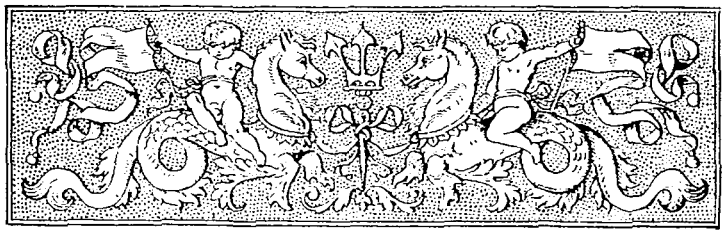
á la Princesa Gisela, hija del Emperador de Austria, casada con el Príncipe Leopoldo de Baviera. Á las siete se les reunieron en el teatro Real las personas que habían acompañado á S. M. y AA., oyendo la opereta *Waffenschmied,* de Lortzing. Durante un entreacto visitaron los españoles el teatro de la Residencia, que, así como el primero, forma parte del Palacio Real, y está perfectamente alumbrado con la luz eléctrica (sistema Edison).

De regreso, antes de las diez, en Nymphenburg y después de la cena de familia, jugó el Rey al billar con SS. AA., y siguiendo la buena costumbre del país, dió Su Majestad fin á la velada, como la noche anterior, bastante pronto.

El domingo 9 de Septiembre, después de desayunarse temprano, en familia, oyeron S. M. y AA. misa en la capilla de Palacio, no permitiendo la fuerte lluvia que caía, ir á la del parque. Despidióse en seguida el Rey de la Infanta Doña Amalia y de sus hijas, y salió para la estación de Munich con los Príncipes, á fin de tomar el tren de las nueve y

cuarenta y cinco minutos para Viena, en traje de camino.

No sin visible sentimiento abrazó el Rey á sus Hermanos, que tampoco ocultaban su pena, y subió al vagón, seguido de su comitiva, que, después de besar la mano de Doña Paz, no sabía cómo expresar á ambos Príncipes su respetuoso agradecimiento, por las atenciones y bondades que les habían prodigado durante su estancia en el Palacio, tan exactamente nombrado, por sus bellezas, *Nymphenburg*.



AUSTRIA

Con el fin de molestar lo menos posible, idea que presidió á todos los actos del viaje, hizo S. M. encargar, en 29 de Agosto, á su Ministro en Viena, D. Augusto Conte, que confidencialmente indagara cuál de los días 9 ó 10 de Septiembre le agradaría más al Emperador de Austria que realizase su entrada en aquella

capital, no pudiendo esto tener lugar antes del 9. El Emperador Francisco José I contestó que, si bien aceptaría gustoso el día que el Rey designase, como el lunes 10 habían de verificarse maniobras militares, cerca de Viena, tendría una satisfacción en que Don Alfonso XII asistiese á ellas; y para esto era necesario que S. M. durmiese ya, en la capital, el domingo 9. Esta fué la razón que abrevió la estancia del Rey en Nymphenburg, no obstante los vivos deseos que tenía de quedarse un día más con su augusta Hermana.

Accediendo también el Rey á las indicaciones del Emperador, admitió el tren especial que le ofreció este Soberano para conducirle desde Salzburg á Viena, con el objeto de viajar más rápida y cómodamente; de no encontrarse, en la estación de la capital, con los muchos viajeros que trae siempre el tren exprés de los domingos, y de poder, por último, recogerse temprano para asistir á las maniobras del día siguiente, que debían empezar á las seis de la mañana.

En lo que Don Alfonso XII insistió fué

en que no formaran las tropas en Viena, para cubrir la carrera á su llegada, propósito firme de S. M., tanto para esta capital, como para las demás poblaciones donde debía detenerse.

Salió, pues, de Munich el Rey con su séquito á las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana del domingo 9 de Septiembre, como queda dicho, y hacia las once y media almorzaron ligeramente con fiambres, que al pasar por la estación de Rosenheim se mandaron poner en el vagón-salón, tomado por cuenta de S. M.

En Salzburg, á la una y diez minutos de la tarde, esperaban á S. M. con el tren especial, formado con algunos vagones del Emperador, el General Conde Grävenitz, Inspector de la Remonta, y el Mayor Conde de Rosemberg, Ayudante y Chambelán de S. M. Imperial, destinados por el mismo Soberano á las órdenes del Rey Don Alfonso durante su permanencia en Austria. Asimismo estaban allí el Director de viajes del Emperador y varios funcionarios superiores del ferrocarril.

Ni el Representante de España en

Viena, ni subordinado alguno suyo salieron á la frontera, por disposición expresa del Rey, general para todo el viaje, con objeto siempre de evitar molestias, gastos y perjuicios para el servicio; y en tal sentido se telegrafió á nuestros Ministros en Bucharest, Constantinopla y Berna (Sres. Aladro y Condes de Rascón y de la Almina), que habían expresado sus deseos de venir á presentar sus respetos á S. M.

Desde Salzburg, empezaron á patentizarse las cariñosas atenciones con que el Emperador se esmeró en tratar al Rey, durante su permanencia en Austria.

Á las dos de la tarde, hora austriaca, salió el tren especial con dirección á Viena, llegando á Linz á las cuatro y media próximamente. Poco antes, el Rey y su séquito se vistieron de uniforme, poniéndose S. M. el de Coronel de su regimiento austriaco, con la banda de San Esteban.

En Linz, se hallaban, para saludar al Rey, varios Oficiales superiores, Jefes de la circunscripción militar, así como las Autoridades civiles de la provincia. En una sala de la

estación estaba preparada la comida, sentándose á la mesa, con el Rey, las personas de su séquito y los dos Oficiales austriacos, puestos á sus órdenes.

Continuó después el viaje sin incidente alguno hasta Viena, á donde llegó el tren á las nueve y media de la noche, con una lluvia torrencial, que amenguó bastante la muchedumbre que poblaba las calles del tránsito. El Emperador de Austria, la Archiduquesa Elisabeth, madre de nuestra Reina; el Príncipe Imperial Rodolfo, y todos los Archiduques residentes á la sazón en Viena; la Legación de España, una parte de la alta servidumbre de Palacio, las Autoridades de Viena, el Sr. Cajetán Martini, Capitán del regimiento austriaco de Infantería, número 94, de que el Rey es Coronel propietario; todos de uniforme y ostentando condecoraciones españolas los que las tenían; una guardia de honor y un público numeroso y escogido recibieron á S. M., ejecutando la música militar la Marcha Real española.

El Emperador se adelantó á recibir al

Rey Don Alfonso, abrazándolo cariñosamente; le hizo revistar la fuerza que prestaba el servicio de honor en la estación, que se componía de una compañía del regimiento de Infantería del Duque de Nassau, núm. 15, y al volver al pie del coche-vagón, tuvieron lugar las presentaciones de los funcionarios que acompañaban á ambos Soberanos. El Rey saludó con efusión á su augusta Madre política, la Archiduquesa Elisabeth, y subió en el carruaje del Emperador para ir con S. M. I. á la Burg, ó Palacio Imperial, donde estaba preparado el alojamiento para S. M. y todo su séquito.

Esperaban, al pie de la escalera, los Jefes civiles y militares de Palacio y el Coronel que manda el ya expresado regimiento número 94 de S. M. el Rey.

Don Alfonso XII cenó con la Archiduquesa Elisabeth, dos de sus hijos y algunas otras personas, con quienes permaneció hasta la hora de recogerse.

El lunes 10 de Septiembre asistió el Rey, con el Emperador y los Archiduques, á las maniobras que tuvieron lugar en el

campo de batalla de Wagram, en Moravia, cerca de Viena, acompañado de sus tres ayudantes.

Á media tarde, comieron SS. MM. con la Emperatriz, en el Palacio de Schönbrum, acompañándolos los Archiduques. El Marqués de la Vega de Armijo, el Ministro de España en Viena y las dos comitivas comieron también en el mismo Palacio, pero en sala aparte, con arreglo á la etiqueta de la corte imperial, presidiendo la mesa el Conde Kinsky, Mayordomo mayor de la cocina de Palacio, y la Camarera mayor, Condesa de Goëss.

Poco después de terminar la comida, el Rey, las Archiduquesas Elisabeth y María y los Archiduques Alberto, Francisco y Guillermo, fueron á la quinta de Weilburg, en Baden, perteneciente al primero de éstos, cenando allí á las nueve de la noche, en dos mesas distintas. Ocupaban la primera S. M. y los Archiduques, y en la otra se sentaron los personajes de las altas servidumbres.

Salió S. M., el martes 11 por la mañana, á pasear á caballo con SS. AA. la

Archiduquesa Elisabeth y el Archiduque Guillermo, volviendo á la hora de comer. La egregia Madre de nuestra Reina, para celebrar el cumpleaños de su augusta nieta, la Princesa de Asturias, dispuso una gran comida, á la que asistieron varios Archiduques, el Marqués de la Vega de Armijo, los Jefes de las diferentes servidumbres, los Ayudantes del Rey, nuestro Representante el Sr. Conte y algunas otras personas de categoría.

Á las diez de la noche, volvió á Viena Su Majestad, con su séquito, en compañía de los Archiduques.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Sagasta, en nombre del Ministerio todo, y varios otros elevados personajes felicitaron por telégrafo, al Rey, con motivo del cumpleaños de la Princesa de Asturias, y á la vez los funcionarios que acompañaban á Su Majestad en su viaje se dirigieron con el mismo fin, también por telégrafo, á la Reina Doña María Cristina, que mandó darles en el acto las gracias.

Para celebrar, el miércoles 12 de

Septiembre, el segundo centenario de la derrota de los turcos, que sitiaban á Viena, defendida por el Conde de Starhemberg en 1683, y socorrida por el Rey de Polonia, Juan Sobiesky, tuvo lugar, á las doce, la solemne inauguración de la nueva Casa-Ayuntamiento, con asistencia de SS. MM. el Rey y el Emperador, toda la Corte, las Autoridades, etc. En las cercanías del edificio, formaban calle los gremios todos, con sus banderas, usando los que las llevaban los trajes tradicionales de cada Corporación.

El Emperador enseñó detalladamente á Don Alfonso XII los preciosos recuerdos del memorable sitio, expuestos en las principales salas, y prestados, muchos de ellos, con este objeto, por las distinguidas familias á quienes pertenecen.

Recibió el Rey, á las dos y media en Palacio, al Ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Kálnoky, y al Conde de Taaffe, Presidente del Ministerio Cisleithano, y acto seguido á los Embajadores extranjeros; saliendo después al Círculo formado por el Cuerpo

diplomático actualmente en Viena, que vino á presentar sus respetos á S. M.

Á las cuatro se verificó la primera comida de gala, de ciento treinta cubiertos, servida en rica vajilla de plata.

El Emperador brindó primero, en alemán, por el Rey, quien contestó, en el mismo idioma, que «los recuerdos de su feliz re» sidencia en Viena, donde tan buena acogida » halló en su primera juventud, y la dicha » que debe á la Princesa austriaca, que le » ayuda á cumplir los deberes del Trono, le » hacían brindar de todo corazón y con la más » completa sinceridad, por S. M. el Emperador, » por la familia Imperial y por la prosperidad » de Austria-Hungría. »

Como la víspera habían sido los días del Emperador Alejandro de Rusia, cuya Embajada asistía al banquete, brindó también por dicho Soberano el de Austria, llamándole su « muy querido amigo, » frase que causó gran impresión, por considerársela como un síntoma de la paz tan deseada por todo el mundo.

Á esta comida de carácter militar

asistieron, además de los Archiduques: el Marqués de la Vega de Armijo y las demás personas del séquito de S. M.; los Generales presentes en Viena, los agregados militares de las Legaciones extranjeras y todo el personal de la de España.

Á las siete y media de la noche, el Emperador Francisco José, que va rara vez al teatro, acompañó á Don Alfonso XII, con los Archiduques Víctor, Raniero y Guillermo, al de la Ópera, donde se ejecutaron los dos bailes *Aus der Heimath* y *Stock im Eisen.*

Concluída la función, volvieron Sus Majestades á Palacio, para mudar de traje; y á las doce partieron con dirección á Blansko, en Moravia, con el fin de presenciar al día siguiente las maniobras del 10.º cuerpo (28 batallones, 48 cañones, 8 escuadrones), al mando del General Vlasits, y terminadas éstas á media tarde, regresaron á Viena. El Rey y la Archiduquesa Elisabeth asistieron, por la noche, á la representación de la linda opereta de Millöcker, *Der Bettelstudent,* en el teatro An der Wien.

Aprovechó S. M. el tener libre la mañana del día siguiente, viernes 14, para recorrer, á pie y en tranvía, las principales calles de Viena, en compañía de su Mayordomo mayor; y fué también á casa del Caballero Schmerling, Curador del Colegio Teresiano, donde hizo Don Alfonso XII gran parte de sus estudios. Quería el Rey demostrar, con este acto de benevolencia, el afecto que guarda para todos aquellos que, en sus primeros años, cuidaron de su Real persona. No hallándose en casa el respetable anciano, Su Majestad dejó á la criada un volante, escrito de su puño y letra, que el Caballero Schmerling ha hecho fotografiar, tirando de él ciento cincuenta ejemplares, como recuerdo.

Aquella tarde, á las cuatro, realizó Su Majestad su deseada visita al Colegio Teresiano. Todos los Profesores, con el Caballero Schmerling á la cabeza, esperaban al Rey, que recorrió, acompañado de los Oficiales austriacos á sus órdenes y parte de su comitiva, todas las dependencias, con marcadísima satisfacción.

Comió después Don Alfonso XII en el Palacio del Archiduque Raniero, quien dió en honor del regio huésped un gran banquete, á que asistieron otros miembros de la familia Imperial, nuestro Ministro de Estado, varios personajes del séquito Real, el Representante de España, y algunos altos dignatarios de la Corte.

Por la noche, fué el Rey á la notable Exposición de Electricidad, haciéndole los honores de ella su Presidente, el Príncipe Imperial Rodolfo, acompañado del Barón Erlanger y de todos los miembros del Comité.

El sábado 15 de Septiembre, á las nueve menos cuarto de la mañana, salió Su Majestad, con la Archiduquesa Elisabeth, el Marqués de la Vega de Armijo y varias otras personas de su comitiva, en el tren correo, para Presburgo, invitado por su augusto cuñado el Archiduque Federico, que lo recibió de gran gala y con todos los honores, agasajando á Don Alfonso XII con una comida espléndida y cuantos obsequios le fué posible dispensarle.

El Rey visitó, acompañado del Archiduque, la población, los cuarteles, etcétera, regresando á las nueve de la noche á Viena, donde fué por segunda vez á la Exposición de Electricidad, con el Archiduque Eugenio.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Sagasta, telegrafió al Ministro de Estado, encargándole felicitase á Su Majestad, á nombre del Gobierno todo, por las altas y merecidas distinciones de que era objeto.

A las diez del domingo 16 de Septiembre, oyó misa el Rey, en la capilla de Palacio, dirigiéndose, acto seguido, al del Archiduque Guillermo, que le tenía preparado un almuerzo, acompañando después á S. M. á las carreras de caballos, verificadas en el Prater. Por la tarde, visitó Don Alfonso XII al Rey Milano de Servia, recién llegado á Viena; recibió á varios personajes, y asistió á la segunda comida de gala, dada en su honor, en el Palacio Imperial, ocupando la derecha del Emperador, que tenía á su izquierda al Rey Milano. Ambos Reyes llevaban el uniforme

de gala de los regimientos austriacos de que son Coroneles. Concurrieron á este banquete: todos los Ministros y altos dignatarios del Imperio, los que acompañaban á los Monarcas de España y de Servia, y las Legaciones de ambos países. La suntuosísima vajilla en que se sirvió, toda ella de oro, se usa sólo en las grandes solemnidades y es de notable mérito. Dirigía la orquesta Eduardo Strauss, hermano del célebre Johann. Á las siete y media, Don Alfonso XII y su séquito concurrieron, con los Archiduques Carlos, Luis y Guillermo, á la representación de la opereta de Strauss, *Der Lustige Krieg,* en el teatro An der Wien, y terminada ésta, fué el Rey á tomar té, con el Archiduque Guillermo.

Muy de madrugada salieron, el lunes 17 de Septiembre, con el Emperador, los Reyes de España y de Servia, acompañados de sus Ayudantes, en un tren especial, con dirección á Neuberg, en Stiria, en cuyas cercanías cazaron rebecos, toda la mañana.

Á pesar de la vida retirada que lleva la Emperatriz, quiso esta Señora obsequiar á

Don Alfonso XII con un banquete, á medio día, en la quinta de Mürzsteg, su actual residencia; notándose la afectuosa solicitud con que agasajó á S. M. el Rey. Después de comer, á las cuatro de la tarde, el Rey de España y el Emperador fueron al campamento de Bruck, con sus Ayudantes, para asistir á las maniobras de caballería que, con gran lucimiento, tuvieron lugar el martes y en la mañana del miércoles.

Á la una de este día, regresaron Sus Majestades á Viena, quedándose Don Alfonso en el Palacio del Archiduque Alberto, para tomar con su augusta madre política un almuerzo-comida, antes de marchar para Alemania.

El Ministro de Estado y los demás funcionarios de la comitiva de S. M. comieron á la misma hora, en la Burg ó Palacio Imperial de Viena, y fueron á la estación del ferrocarril del Oeste, para unirse al Rey y marchar por el tren correo, á las tres y treinta y cinco minutos de la misma tarde. El viaje, debiendo realizarse de incógnito, tanto Su

Majestad como su acompañamiento, lo verificaron vestidos de paisano. Acudieron á despedir á Don Alfonso XII: el Emperador; las Archiduquesas y Archiduques Elisabeth, María, Alberto, Guillermo, Raniero y Eugenio; la Legación de España, de uniforme, y el Cónsul, Barón de Erlanger; el Conde de Dubsky, Ministro de Austria en Madrid; los dos Oficiales, Condes de Grävenitz y Rosenberg y muchas personas de distinción. El Emperador y toda su familia acentuaron, si posible era, en la despedida, las demostraciones del sincero cariño con que trataron á Su Majestad, durante su permanencia en Austria.

Francisco José I tuvo la delicada atención de hacer entregar, por uno de sus primeros Ayudantes, á las siete personas que acompañaban al Rey, las insignias de las diferentes Órdenes austriacas con que se había dignado condecorarlas; y Don Alfonso XII, á su vez, concedió cruces españolas á varios dignatarios de la Corte de Viena.

Mandó el Rey gratificar, con cuatro mil duros, á los criados del Palacio imperial.

Pasó, pues, en Austria S. M. diez días, en los cuales todos los Príncipes del Imperio procuraron festejar, á porfía, al joven Soberano español, haciendo olvidar, de este modo, que en otros tiempos estuvo allí, como emigrado, el Rey que á la sazón los visitaba.

Además de las prendas personales de Don Alfonso XII, suficientes para conquistar todas las simpatías, evocaba su presencia en Viena el recuerdo de su egregia consorte, Doña María Cristina de Habsburgo, cuyos lazos de parentesco con la familia reinante en Austria-Hungría, eran un motivo más para que dispensaran á su augusto esposo, las afectuosas pruebas de amistad que en aquella corte recibió, y que dejaron gratísimo recuerdo en el ánimo de nuestro Monarca.

ALEMANIA

EL miércoles, 19 de Septiembre, á las tres y treinta y cinco minutos de la tarde, salió Su Majestad de Viena, según antes se dijo, en el tren correo, y en el mismo, también de incógnito, se dirigían á Francfort, el Rey Milano de Servia y el Duque de Edimburgo. Don Alfonso XII los

hizo subir á su coche-salón, en la primera parada, así como al Archiduque austriaco Luis Víctor, que esperaba el tren en una de las estaciones siguientes; pero sólo permaneció en él este Príncipe hasta llegar á otra próxima estación, en que debía cambiar de línea férrea.

Su Majestad cenó en Wels, á las ocho de la noche, invitando á su mesa al Rey de Servia y al Duque de Edimburgo; y los tres augustos personajes pasaron, después, al vagón del Rey Milano, para tomar café, separándose á las once y media, hora en que se recogieron.

Á las siete y cuarenta y cinco minutos de la mañana siguiente (jueves 20), se llegó á Francfort, en cuya estación se hallaban, para recibir al Rey: el Príncipe Don Carlos Fernando, heredero de Portugal; nuestros Representantes en Alemania, en Holanda y en Suecia y Dinamarca, Sres. Conde de Benomar, Marqués de Arcicollar y Castellanos (estos dos últimos no tuvieron á tiempo la comunicación, dispensándolos de presentarse); los Secretarios de nuestra Legación

en Berlín, Sres. Del Arco y Rueda; el Cónsul de España en Francfort, Sr. Braunfels; el Ministro de Alemania en Madrid, Conde de Solms; varios Oficiales del Ejército español, agregados militares ó en comisiones del servicio, y algunas otras personas distinguidas. Todos, salvo el Príncipe de Portugal, que iba de uniforme, vestían levita de paisano, según los deseos manifestados por Su Majestad, que quiso conservar riguroso incógnito hasta llegar á Homburgo. Esta circunstancia hizo que no admitiera el alojamiento que, á falta de Palacio Imperial en Francfort, había ofrecido el Emperador Guillermo I, para Don Alfonso XII y su séquito. El Ministro de España tomó, pues, habitaciones en el Hotel de Rusia, á donde también fué á parar el Rey de Servia.

La Familia Imperial de Alemania se mostró muy complacida, cuando supo que Su Majestad, correspondiendo á su invitación, asistiría á las maniobras. El Emperador y el Príncipe heredero, se ocuparon *personalmente* de cuanto pudiera contribuir á la mayor

brillantez de la recepción que había de hacerse á Don Alfonso XII; y la Emperatriz, no obstante su delicadísima salud, resolvió permanecer en Homburgo, mientras allí estuviera el Rey.

Uno de los propósitos del Emperador fué el de alojar á S. M., á su séquito y á la Legación de España, lo mismo en Francfort, que en Homburgo; pero además de no accederse á lo primero, como queda expresado, se rehusó cortésmente el alojamiento para la Legación, en el último de dichos puntos, aceptando tan sólo, por no singularizarse, el hospedaje para el Rey y su séquito. Los Condes de Benomar alquilaron la Villa Michon, donde la Representación de España estuvo con todo el decoro que podía apetecerse.

El Gran Maestro de Ceremonias de la Corte, Conde de Eulenburg, cumpliendo las órdenes de su Soberano, visitó el día 23 de Agosto á nuestro Ministro en Berlín y le sometió las disposiciones adoptadas. El Schloss ó Palacio de Homburgo, que perteneció al Landgrave de Hesse, carece de espacio y

condiciones para recibir una corte numerosa; así es que únicamente podían albergar en él, además de la familia Imperial, al Rey Don Alfonso XII, con una persona sola de las de su séquito; á las demás, mandó el Emperador alojarlas por su cuenta, en el Hotel de las Cuatro Naciones.

El Rey de España había dejado á elección del Emperador, el día y hora de su llegada; y este respetable Soberano, después de expresar á nuestro Representante, por conducto del Gran Mariscal de Palacio, Conde de Pückler, su agradecimiento por esta atención, manifestó el deseo de que Don Alfonso XII hiciera su entrada en Homburgo el día 20 de Septiembre, en el tren especial que pondría á su disposición, en Francfort. « De » esta suerte, añadió el Gran Mariscal, se » podrá cumplir el propósito de la Familia » Imperial, que es el de recibir al Monarca » español con toda esplendidez. »

Llegado, pues, el Rey á Francfort, aceptó el almuerzo, suntuoso por cierto, que en el mismo Hotel de Rusia le ofreció el Rey

de Servia, y al que asistieron: el Príncipe de Portugal; los tres séquitos, y los Ministros de España y de Servia, en Berlín. Momentos antes del almuerzo (que tuvo lugar á la una), se presentaron á ofrecer sus respetos á Su Majestad las Autoridades de Francfort, pidiendo el Gobernador (General Lucadon) permiso para mandar una guardia de honor al Hotel, cosa que el Rey no consintió.

Invitados por Don Alfonso XII, salieron con S. M., el Rey de Servia y el Príncipe de Portugal, después del almuerzo; y parte á pie, y parte en un coche que alquilaron, visitaron lo más notable de la población, atravesando, sin ser conocidos, y á su gran satisfacción, la muchedumbre de curiosos, que todo el día permaneció frente al Hotel.

Á las cinco de la tarde, volvieron Sus Majestades y A. R. al Hotel, donde, así como las personas que los acompañaban, se vistieron de uniforme, poniéndose Don Alfonso XII el del regimiento bávaro de que es Coronel propietario, y tomaron el tren especial que estaba preparado para las seis y media, es

decir, un cuarto de hora después de pasar el que conducía á los Emperadores de Alemania.

La pequeña estación de Homburgo, donde se llegó á las siete, iluminada profusamente y muy bien adornada, como también las casas del pueblo, con guirnaldas, escudos y banderas de todas las naciones, presentaba un aspecto indescriptible.

Acompañado el Emperador de Soberanos y Príncipes de varios países, esperaba al Rey de España, con una brillante comitiva, formada por multitud de Oficiales de todas graduaciones y de casi todos los ejércitos del globo. Allí estaban representados el de Inglaterra y el del Japón, el de Turquía y el de Holanda, el del Celeste Imperio, el de Portugal, el de Francia, etc., etc., viéndose los uniformes más variados, algunos de ellos vistosísimos. Las salvas de Artillería, los acordes de la Marcha Real española, ejecutada por la música de la guardia que rendía los honores y las aclamaciones de la muchedumbre, todo contribuía á realzar y á hacer más conmovedora la cariñosísima manera con que

recibió al más joven de los Monarcas de Europa, el más anciano de todos, que se adelantó á estrechar larga y afectuosamente las manos de Don Alfonso XII, en la portezuela misma del vagón. El Emperador y todos los que se hallaban presentes, llevaban las condecoraciones españolas que tenían.

Terminadas las presentaciones de Príncipes y altos funcionarios, se despidió el Emperador, de Don Alfonso XII, para adelantarse á esperarlo segunda vez en Palacio, al lado de la Emperatriz, é inmediatamente después se puso en marcha la numerosa comitiva, compuesta de más de ciento treinta carruajes, ocupando el Rey de España, con el Príncipe Imperial, el primero, que era una carretela con cuatro caballos á la Daumont, precedida de un correo.

Fué recibido Don Alfonso XII en el Schloss ó Palacio, á cuya puerta formaba una compañía con bandera, con todos los honores de etiqueta, por el Emperador y la Emperatriz. Esta anciana Señora, por sus achaques, tiene que hacerse conducir en una silla de

ruedas, que no puede abandonar ni aun en su carruaje, dispuesto para recibirla.

Después de nuevas presentaciones y cerca de las siete y media, empezó la comida en el mismo Palacio, donde por falta de salón capaz para tan numeroso personal, se sirvió en diferentes salas, destinada una de ellas á los Reyes y Príncipes, que se sentaron á la mesa con los Emperadores. En esta comida, llamada de familia, como en todas las demás, dieron á Don Alfonso XII el lugar preferente.

Á las nueve, tuvo lugar en el grandioso patio ó plaza de Palacio, una brillante retreta por todas las músicas militares del 11.° Cuerpo de Ejército (unos 600 músicos, con 200 hombres llevando faroles ó hachas de viento), y terminada ésta, á las diez próximamente, se recogieron los Emperadores y sus egregios huéspedes.

El Conde de Mirasol fué el designado para quedar con nuestro Rey en Palacio, y el Emperador, por su parte, destinó á su Ayudante, el General Conde Goltz y al Capitán Pfuel, Agregado militar á la Legación

de Alemania en Madrid, para estar á las órdenes de S. M. durante su permanencia en Homburgo.

Próximamente á las nueve de la mañana del viernes 21 de Septiembre, se verificó en el campo llamado *Kaiser Parade,* la revista de las fuerzas del 11.º Cuerpo, que había de tomar parte en las maniobras (43 batallones, 30 escuadrones y 108 piezas). El Emperador, los Reyes y los Príncipes, con sus séquitos, fueron en coches hasta el expresado campo de revistas, que está algo distante de Homburgo, y allí montaron á caballo, tomando Don Alfonso XII, que vistió el uniforme de Capitán General español, la derecha del Emperador. Formadas las tropas, pasó por su frente el Emperador, con los Reyes, Príncipes, y el numeroso Estado Mayor que los acompañaba. Cerca del Emperador, iba, á caballo, la Princesa Imperial consorte, Victoria Adelaida, vistiendo el uniforme del Regimiento de Húsares de la Muerte (del que es Su Alteza, Coronel honorario), acompañándola, también á caballo, una ó dos de sus

damas. Inmediatamente, detrás del Estado Mayor, seguían en varios carruajes, la Emperatriz y las diferentes Princesas que estaban en Homburgo, y por una distinción, absolutamente excepcional, el Ministro de Estado español, con los demás funcionarios civiles de la comitiva del Rey de España y los Condes de Benomar, que llevaban en su coche al Ministro de Negocios extranjeros, Conde de Hatzfeld y á su hija.

Pasada la revista en esta forma, hubo doble desfile, según se acostumbra en Alemania y consta en la Memoria redactada por los Sres. Ayudantes de S. M. el Rey, situándose los carruajes á la derecha del Estado Mayor.

La mañana, algo encapotada al principio, terminó con un copioso aguacero, que no cesó hasta la tarde. Esto no obstante y después de almorzar, cerca ya de la una, hizo S. M. algunas visitas de etiqueta á varios Príncipes. Á las seis tuvo lugar la primera comida de gala y uniforme, en dos salones de la Kurhause, habiendo asistido la

Emperatriz, á pesar de su estado delicado. Aunque la etiqueta no permite que, en la mesa, se separe el Emperador de la Emperatriz, quisieron estos Monarcas distinguir al Rey Don Alfonso, colocándolo entre ambos. Los asistentes al banquete eran trescientos cuarenta, y todos se levantaron cuando el Emperador brindó con buena entonación, por el joven Rey de España, « cuyas halagüeñas aprecia- » ciones sobre el Ejército alemán agradecía, » por considerarlo como muy inteligente en » las cosas de la milicia. » S. M. contestó, en alemán, que aunque era el más joven de los Soberanos allí reunidos, creía deber tomar la palabra, por representar la Monarquía más antigua, para brindar por el Emperador y por el Ejército de Alemania. La música que amenizaba el banquete tocó la Marcha Real española, al terminar nuestro Rey su brindis, que por su texto y correcta frase, fué muy favorablemente comentado.

Concluída la comida, los invitados pasaron á la sala-teatro del mismo edificio, donde por una delicada atención hacia el Rey

Don Alfonso, representaron la opereta de Bizet, *Carmen,* de argumento español. El Emperador permaneció algún tiempo, haciendo los honores de su palco á los Reyes de España y de Servia, pero tuvo que retirarse temprano, á causa de su avanzada edad.

En la mañana del sábado 22 de Septiembre, principiaron las maniobras, y por la tarde, á las seis, hubo comida de familia en Palacio, en la misma forma que el primer día, vistiendo de frac los funcionarios civiles. Después de la comida, formaron círculo la mayor parte de los invitados, en uno de los salones, hablando con todos ellos los Soberanos allí reunidos.

La única Señora que concurrió á ésta y otras comidas, excepción hecha de las damas de las servidumbres de la Emperatriz y de las Princesas, fué la Condesa de Benomar, quien en unión de su marido, había invitado para almorzar, aquel día, en la Villa Michón, que como hemos dicho habitan, al elemento civil de la comitiva regia española.

El Rey Don Alfonso, acompañado de

todo su séquito, oyó el domingo 23, la Misa de once, en la Capilla Católico-Romana, y al volver á Palacio encontró, esperándolo, un Oficial superior, Ayudante del Emperador, que, sobre tres grandes bandejas de plata, le presentó, por orden de su Soberano, los tres uniformes, de gala, de diario y de campaña, de Coronel del Regimiento de Hulanos del Schleswig-Holstein, núm. 15, que había pertenecido al Príncipe Carlos, hermano del Emperador, hasta su muerte. Al recibir estos trajes, oyó S. M. las frases más lisonjeras, de parte del anciano Monarca que se los enviaba, y le rogaba los aceptase y usara durante su permanencia en Alemania.

Correspondiendo Don Alfonso XII á esta fineza, se vistió el uniforme de gala (que como hecho sin medidas exactas, sentaba mal), para ir á expresar su agradecimiento al Emperador; y después de cambiar este traje por el de diario, fué el Rey á almorzar á la Villa Michón. Los Condes de Benomar, por no permitir más el local, sólo habían invitado, además del séquito de Su Majestad y del

personal de la Legación, al Ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Hatzfeld; al General Conde de Goltz, y á los Ministros Plenipotenciarios de S. M., en el Haya y en Estocolmo (Marqués de Arcicollar y Sr. Castellanos).

Agradabilísimo fué para el Rey el hallarse, aunque lejos de su patria, en casa española; pues así se debía considerar la linda Villa, mientras sobre ella ondeasen los colores nacionales, y honró con su animada conversación á todos los distinguidos comensales.

Á las tres de la tarde, S. M. asistió á las carreras de caballos, efectuadas por Oficiales de la guarnición, ante el Emperador, su familia y huéspedes, disputándose premios regalados por las personas Imperiales. Delante de la tribuna destinada á los Soberanos, formaban con sus respectivas banderas, tambores y música, los veteranos de los pueblos inmediatos, que en su día sirvieron á las órdenes del Emperador, llevando cada uno las cruces que ganaron en campaña.

La segunda gran comida tuvo lugar á las seis, en la Kurhause, diferenciándose

poco de la primera: los funcionarios civiles fueron de frac. A las ocho y media, dieron los Emperadores un té y un pequeño concierto en su Palacio, al que tan sólo asistieron los Reyes y Príncipes con sus séquitos, los Condes de Benomar y algunos altos dignatarios de la Corte alemana.

El Emperador distinguió á nuestro Ministro de Estado con una larga conversación política, que desde un principio había manifestado S. M. el deseo de tener con el Marqués de la Vega de Armijo.

Las maniobras se prolongaron el lunes 24, hasta las cuatro de la tarde, y á su vuelta del campamento, encontró S. M. numerosos telegramas de felicitación, por celebrarse los días de S. A. R. la Princesa de Asturias; siendo el primero y uno de los más expresivos el del Gobierno, firmado por el Presidente del Consejo de Ministros, D. Práxedes Mateo Sagasta. Con igual motivo, telegrafiaron á Su Majestad la Reina Doña María Cristina las siete personas que componían el séquito de Don Alfonso XII.

Nada de particular ocurrió el martes, 25 de Septiembre, en que siguieron las maniobras por la mañana. Por la tarde, á las seis, se comió en Palacio, reuniéndose después el círculo de costumbre. El Rey entregó al Príncipe Enrique de Prusia, hijo segundo del Heredero del trono, el collar del Toisón de Oro que había pertenecido antes al Príncipe Carlos de Prusia, hermano del Emperador. El Príncipe Imperial Federico, reconocido en extremo á la bondad de S. M., manifestaba, con la franqueza que le caracteriza, á cuantos se le acercaban, su satisfacción por la gracia otorgada á su hijo Enrique, y que ya tenía, desde 1875, su primogénito.

Después de terminadas las maniobras, el miércoles 26, se despidió de sus tropas el Emperador, que por su avanzada edad no esperaba, les dijo, volver á ver reunidas, y les encargó fueran siempre tan fieles á su hijo, como para con él mismo lo habían sido. Este discurso y las aclamaciones con que fué contestado produjeron visible emoción en todos los que rodeaban al anciano Monarca,

que, como siempre, tenía á Don Alfonso XII á su derecha.

A media tarde, el Representante de España, Conde de Benomar, vino al Hotel de las Cuatro Naciones, para entregar á las personas que formaban el séquito de S. M., las condecoraciones prusianas que acababa de recibir del Ministro de Negocios Extranjeros, por orden expresa del Emperador, que al propio tiempo rogaba á todos se pusieran las insignias para la comida de despedida, que había de tener lugar aquel mismo día, de uniforme. Don Alfonso XII correspondió dignamente, dando ingreso en las Órdenes españolas, civiles y militares, á algunos altos funcionarios alemanes.

En el círculo, después de la comida, el Emperador se despidió, individualmente, de cada uno de los españoles que acompañaban al Rey, quien, según lo hizo notar su Ministro de Estado, en un telegrama de este día al Presidente del Consejo de Ministros, había conquistado las simpatías de toda la Familia Imperial y de los Generales más ilustres del Imperio,

que, á porfía, demostraron á Don Alfonso XII las más cariñosas consideraciones y el más afectuoso respeto.

Salió S. M. para Bruselas, el jueves 27 de Septiembre, á las siete de la mañana, despidiéndole en la estación, no obstante viajar ya de incógnito, el Príncipe Imperial con su hijo, el Príncipe Guillermo, y el Landgrave de Hesse, que desearon manifestarle de esta manera su afecto, hasta el último momento. Asimismo estaban en la estación los Condes de Benomar y los Secretarios de la Legación. Don Alfonso XII rehusó el tren especial que el Emperador le ofreció, y sólo aceptó uno de los coches-salones, para ir hasta la frontera belga. Dejó Su Majestad 8.000 marcos (unas 10.000 pesetas) para los criados del Palacio en Homburgo.

Desde poco antes de llegar á la estación de Bingen, empezó á verse en la orilla del Rhin el *National Denkmal* ó colosal estatua de la Germania, situada en las alturas de Niederwald, cuya inauguración solemne debía tener lugar dos días después. El Rey de España, por pura cortesía hacia Francia, declinó

la invitación del Emperador para esta ceremonia.

¡Bien poco tomaron los franceses en cuenta esta atención del Soberano de una nación amiga, que ya había tenido la deferencia de modificar sus planes, sólo y únicamente por evitar una pequeña molestia al Presidente de la República, como al principio de esta relación se ha explicado!

Á las doce y media almorzó S. M. con las personas de su séquito, en una sala reservada de la estación de Colonia, siguiendo después en el mismo tren hasta la primera de Bélgica, sin novedad alguna.

BÉLGICA

EL Rey de los belgas, Leopoldo II, había recibido con gran regocijo, la noticia que el Ministro de España, D. Rafael Merry del Val, competentemente autorizado al efecto, le dió de la visita que su Soberano se proponía hacerle en Bruselas, al regreso de Alemania, y reiteradas

veces manifestó el Monarca belga, tanto á nuestro Representante, como á muchas otras personas, que lo repitieron, la verdadera satisfacción que le produciría la presencia, aunque rápida, de Don Alfonso XII en su Corte.

Mandaron preparar los Reyes, en su Palacio, los alojamientos necesarios para Su Majestad y su séquito, disponiendo que el recibimiento fuera igual al que se hizo al Emperador de Rusia, Alejandro II. Desde aquella época ningún Soberano, de los muchos que han pasado por Bruselas, incluso el entonces Rey de Prusia, ha sido acogido con tanta solemnidad.

De notar es que el último Monarca español que estuvo en Bruselas fué Don Felipe II, cuando formaban los Estados de Flandes parte de su corona.

El Ministro de Estado telegrafió desde Homburgo, en 23 del mismo mes de Septiembre, al Sr. Merry del Val, que S. M. deseaba que nadie fuera á la frontera y que no hubiera formación de tropas, ni molestias de clase alguna, pues pensaba llegar de incógnito

hasta la capital; pero hubo de contestarle el Representante español, el mismo día 23 y al siguiente, que el Rey Leopoldo insistía en enviar á la frontera un tren especial, así como en la formación de tropas y en todo lo demás que pudiera contribuir á realzar más la entrada de S. M. en Bruselas.

Esperaban, pues, á Don Alfonso XII con el tren Real belga, en la estación fronteriza de Herbestal, á donde se llegó á las tres de la tarde, además del Ministro de España, Sr. Merry del Val: el Teniente General Van der Smissen, Jefe de uno de los dos grandes distritos militares del país, destinado á las órdenes de Don Alfonso XII, durante su permanencia en Bélgica, y el General de Brigada, Baron Jolly, ambos Ayudantes de campo del Rey Leopoldo II; el Coronel de Granaderos, Barón Val Rode, y el Teniente de Guías, Conde de Merode, Oficiales de órdenes del mismo Soberano, y Mr. Dubois, Administrador del ferrocarril.

Después de haber saludado estas personas al Rey de España, le rogaron que

subiera al tren, que salió inmediatamente para Bruselas, recorriendo los 138 kilómetros en dos horas y veintisiete minutos, como, con cierto legítimo orgullo, lo hicieron notar.

Á las cinco y cincuenta minutos de la tarde del jueves, 27 de Septiembre, llegó Su Majestad á la estación de Bruselas, linda y artísticamente adornada con plantas, flores, tapices y banderas de los dos países. Allí se encontraba de antemano, el Rey de los belgas, con la banda de Carlos III, acompañado de todo su cuarto militar; del Consejo de Ministros; del Subsecretario de Negocios Extranjeros, Barón Lambermont, y de todas las Autoridades civiles y militares, de gran uniforme y ostentando condecoraciones españolas, los que las tenían. Se hallaba también, de uniforme, en la estación, el personal de la Legación de España (Señores: D. Luis Silva, primer Secretario, que se multiplicó aquellos días; Marqués de Novallas, Agregado militar, y D. Alfonso Merry del Val, Agregado diplomático), y la señora de Merry, hija de los Condes de Torre

Díaz. Hizo los honores un batallón de granaderos, con su bandera y música, que tocó la Marcha Real española. La artillería saludó con veintiún cañonazos.

Adelantóse hasta el estribo del coche el Rey Leopoldo, y después de abrazar repetida y cariñosamente á Don Alfonso XII, le presentó á todos los funcionarios que allí se encontraban, y le hizo revistar el batallón que daba la guardia. El Rey de España presentó á su vez los personajes de su séquito á Leopoldo II, que, ofreciéndole el brazo, lo condujo al coche de gran gala, que había de conducirlos á Palacio, escoltados por el primer Regimiento de Guías. Las dos comitivas siguieron, en varios carruajes de la Corte, de gala también. Desde la estación hasta Palacio, formaban las tropas en orden de parada, dejando la izquierda libre para el público, y las músicas tocaron la Marcha Real española.

Las calles y balcones del tránsito, cuajados de gente que no escaseó sus aclamaciones á los Reyes, se iluminaron repentinamente, con focos eléctricos, preparados al

efecto por el Cuerpo de Ingenieros militares.

Rodeada de todas sus damas y de los altos dignatarios de la Corte, la Reina María Enriqueta, cuyo parecido con nuestra amada Soberana, Doña María Cristina (de quien es tía carnal), sorprendió agradablemente al séquito español, recibió á S. M. en la hermosa escalera de Palacio, con grandes demostraciones de afecto. Las tres personas Reales se dirigieron á uno de los salones, llevando los Monarcas belgas á Don Alfonso XII en medio, y después de conversar un breve rato, salieron á la galería, donde tuvieron lugar nuevas presentaciones. Terminadas éstas, condujo el Rey Leopoldo, personalmente, al de España á sus habitaciones; y los Ayudantes belgas á su vez, acompañaron á los funcionarios españoles á los cuartos que les estaban destinados, cuya disposición revelaba las atenciones y cuidados más minuciosos, hasta en sus menores detalles.

Á las siete y media hubo comida de gala, y en ella, á pesar de la etiqueta igual á la alemana, sentaron al Monarca español

entre el Rey y la Reina de los belgas, dando luego los dos primeros puestos á los Marqueses de la Vega de Armijo y de Alcañices. Asistieron también, además de las personas de la comitiva de Don Alfonso XII: el Señor y la Señora de Merry del Val; el personal de la Legación de España; las Autoridades provinciales y municipales; los Jefes de los Cuerpos que habían formado en la carrera, y los altos dignatarios de la Corte belga: unas ochenta personas próximamente.

Después de la comida, se formó círculo en la magnífica galería inmediata al comedor, donde los Reyes de Bélgica manifestaron, con insistencia, á nuestro Representante y á los concurrentes, la sincera alegría que les causaba la visita de Don Alfonso XII; y siguiendo las buenas costumbres de gran parte de los países del Norte, poco antes de las once, se retiraron SS. MM. á descansar.

El viernes, 28 de Septiembre, á las nueve y media de la mañana, visitaron los dos Reyes oficialmente y de uniforme: el suntuoso Palacio nuevo de Justicia; el Museo de

pinturas y esculturas, y la Biblioteca, donde á ruegos de los Directores y altos empleados de esas dependencias, estampó Don Alfonso XII su firma en el Libro de Oro.

De regreso á Palacio, poco antes de las doce, salieron de nuevo, á esa hora, ambos Monarcas con la Reina, en coches de gala, para asistir al espléndido almuerzo que en la Legación de España daban en honor de su Soberano, los Sres. de Merry. Además de las personas Reales, asistieron: la Camarera Mayor, Condesa de Hemricourt de Grunne; Monsieur Frère-Orban, Presidente del Consejo de Ministros, y Ministro de Negocios Extranjeros; el Conde de Van der Straten-Ponthoz, Gran Mariscal de Palacio; el Teniente General, Barón Goethals, Primer Ayudante del Rey Leopoldo; el General Barón Van der Smissen, destinado á las órdenes de S. M. y General en Jefe de la segunda circunscripción militar; Mr. Anspach, Ministro de Bélgica en Madrid; el Conde d'Oultremont, Ayudante de Palacio, ó sea, Jefe del servicio interior del mismo; el Marqués de la Vega de Armijo, con parte del

séquito español, y el Sr. Silva, Primer Secretario de la Legación.

Terminado el almuerzo, y después de dejar á la Reina en Palacio, volvieron á salir, á las dos de la tarde, los Reyes de España y Bélgica para visitar: la Casa-Ayuntamiento; la Catedral (donde, según uso antiguo, fueron bendecidos con el Santísimo Sacramento), y el cuartel de Carabineros, en cuyas ventanas ondeaban las banderas de ambas naciones. La fuerza allí acuartelada ejecutó varios movimientos y ejercicios, llamando la atención de Don Alfonso XII los de esgrima, de palo y de bastón.

Á las siete y media se sirvió la comida de familia, pero de uniforme, por haber de asistir los Reyes, con las dos comitivas, á la función de gala, dada en el teatro de la Monnaie en honor del Rey de España, cantándose la ópera *Fausto*. La sala y el edificio todo estaban admirablemente decorados con flores, arbustos y profusión de luces. Los Reyes fueron recibidos, á la puerta misma del teatro y acompañados hasta el palco regio, por el

Ayuntamiento, y los dos Directores del establecimiento, que, de acuerdo con las reglas de antiguo establecidas, llevaban cada uno un hermoso candelabro de plata, con tres bujías encendidas.

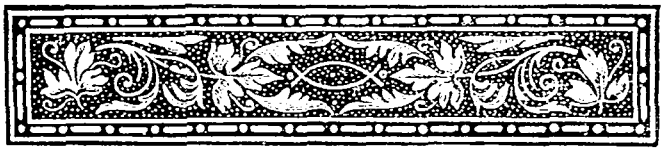
Al romper la orquesta con los acordes de la Marcha Real española, la numerosa y escogida concurrencia que ocupaba las localidades, sin exceptuar una sola, saludó á los Monarcas con una nutrida salva de aplausos; contribuyendo á ello la galantería con que Don Alfonso XII declinó el sitio, que por etiqueta le correspondía, entre el Rey y la Reina, cediéndolo á esta augusta Señora. «Este acto, decían los periódicos de Bruselas, acabó de granjear al joven Soberano español las simpatías de todos.»

Estaba determinado que el Rey de España entraría en Francia el día 29 de Septiembre, y á pesar de sus vivos deseos y de los no menos grandes del Soberano belga, la premura del tiempo no permitió visitar las célebres fortificaciones de Amberes.

Con amable y gran insistencia obligó

Leopoldo II á Don Alfonso XII, á admitir un tren especial para conducirlo hasta París, en vagones reales, y S. M. salió de Bruselas, á las diez de la mañana del sábado 29 de Septiembre, siendo despedido en la estación por el Rey, y en la frontera por las Autoridades, con los mismos honores que se le hicieron á su llegada.

El Rey de los belgas no pudo ocultar su emoción al abrazar estrechamente al de España, en el momento de subir Don Alfonso XII al coche real, de donde sólo debía apearse en París; pues respecto al espíritu de una parte, ínfima por fortuna, de la población de esta capital, corrían, desde cuatro ó cinco días antes, siniestros rumores, como se verá á continuación.



FRANCIA

EGÚN varios telegramas del Embajador de S. M. en París, el General Pittié, Secretario de la Presidencia de la República y Jefe del Cuarto militar del Presidente, el Ministro de Negocios Extranjeros, M. Challemel Lacour, y el Introductor de Embajadores, M. Mollard, le vinieron á preguntar reiteradamente, la fecha cierta de

la llegada de S. M. á París; pues M. Jules Grévy deseaba conocerla con anticipación, á fin de regresar de su finca de Mont-sous-Vaudrey, con tiempo suficiente, para preparar la recepción que pensaba hacer al Rey de España. El Duque de Fernán-Núnez dió cuenta además, en cartas particulares, al Ministro de Estado, del programa de los festejos que el Gobierno francés proponía al Presidente de la República mientras estuviera S. M. en Francia; y en 20 de Septiembre, desde Francfort, y 26 del mismo mes, desde Homburgo, el Marqués de la Vega de Armijo le contestó, por telégrafo: que el Rey llegaría á París el sábado 29, á las tres y media de la tarde; que aceptaría los obsequios que se le hicieran, durante los tres únicos días que permanecería en dicha capital; que no creía S. M. necesario que las tropas cubrieran la carrera, bastando una compañía con bandera en la estación, como se había hecho en Viena, y por último, que S. M. y todo su séquito llegarían de uniforme.

Poco después de expedido el último

de estos dos telegramas, empezó á saberse en Alemania que algunos periódicos belgas y franceses, de ideas avanzadas, criticaban con vehemencia el hecho de que hubiese Don Alfonso XII admitido el mando y uniforme del Regimiento prusiano, que, casualmente, se hallaba entonces de guarnición en Estrasburgo, residencia que habían ignorado hasta aquel momento el Rey y su comitiva. Estas noticias sobre la actitud de la prensa demagógica, vino á confirmarlas un despacho telegráfico del Duque de Fernán-Núñez, expedido el jueves 27 de Septiembre, á las cuatro y cuarto de la tarde (simultáneamente al Presidente del Consejo de Ministros, en Madrid, y al Ministro de Estado, en Bruselas), en el que, después de anunciar que enviaría á esta última capital un Agregado, con el programa antes mencionado, así que lo devolviera el Presidente de la República, manifestaba que la impresión producida por el nombramiento del Rey, como Coronel del Regimiento Hulanos, contribuía á aumentar la agitación que mantenían los partidos radicales, español y francés.

Añadía el Embajador que se había esforzado por desvanecer recelos en la opinión pública; pero que no podía ocultar que este incidente, unido á otros que eran de prever, hacían que la situación internacional entre España y Francia fuera difícil y estuviera expuesta á complicaciones, no obstante la actitud absolutamente correcta del Gobierno de la República.

Dada á S. M. cuenta de este telegrama, por el Ministro de Estado, creyó el Rey conveniente esperar la próxima llegada del Agregado, que naturalmente había de traer noticias posteriores, para en su vista tomar la decisión, grave en sí, que las circunstancias aconsejasen.

Cuatro horas más tarde, telegrafió nuevamente el Duque de Fernán-Núñez avisando que el Agregado militar, Comandante de Artillería Sr. Alvear, salía aquella noche para Bruselas, adonde efectivamente llegó al día siguiente, viernes 28 de Septiembre, á las cinco y tres cuartos de la mañana, portador del programa aprobado por el Presidente de la República.

Según este documento, el Rey sería recibido con los honores civiles y militares determinados por la legislación francesa para el Jefe del Estado, en la estación fronteriza de Feignies, donde se hallarían, de uniforme: el General Jefe del primer cuerpo de ejército con su Estado Mayor; el Prefecto del Norte; el Subprefecto de Avesnes y los Consejeros de la Prefectura; el Coronel Lichtenstein, Ayudante de órdenes del Presidente de la República, puesto á las de S. M., durante su permanencia en Francia. Un tren especial debía salir de Feignies, á las once y media de la mañana, trayendo al Rey y á su comitiva, directamente á la estación del Norte en París, adonde había de llegar á las tres y cuarenta minutos de la tarde. En dicha estación recibirían á S. M.: el Presidente de la República; los Ministros presentes en París; el Secretario de la Presidencia, General Pittié, con los Oficiales agregados á la misma; los Generales, Gobernador de París y Comandante de la plaza; el Embajador de la República en Madrid, Barón des Michels; los Prefectos de los Departamentos del Sena y de

Policía, con sus Secretarios, y el Director del camino de hierro del Norte de Francia. Acudirían con la conveniente antelación, para recibir á los Ministros y demás Autoridades, el personal de la Embajada de España, asistido del Introductor de Embajadores, M. Mollard, y la Administración del ferrocarril cuidaría de disponer una sala, para las presentaciones. Formaría calle sobre el andén, hasta dicha sala, una sección de la Guardia republicana; en la plaza de la estación (Plaza de Douai) haría los honores un Regimiento de infantería, mandado por su Coronel, y dos escuadrones de caballería escoltarían el coche de S. M., hasta la Embajada, donde habría una guardia al mando de un Oficial Superior. El Presidente de la República se despediría del Rey en la estación, volviendo directamente al Elíseo y acompañarían á S. M. hasta la Embajada: el Presidente del Consejo de Ministros; el Ministro de Negocios Extranjeros; el Embajador de Francia en Madrid, y los dos Prefectos. Entre cuatro y cinco de aquella misma tarde, visitaría el Rey al

Presidente de la República, que le presentaría á su familia, y se dejaba á la decisión de Su Majestad el recibir al Cuerpo diplomático extranjero el sábado ó el lunes. El Presidente de la República ofrecería al Rey una cacería, en Marly ó en Rambouillet, el domingo ó el lunes, según dispusiera S. M., y una comida, el domingo, á las siete y media, á la que asistirían: el séquito del Rey, con su Embajador y Secretarios; los Ministros y funcionarios franceses que hubieran estado en la estación, y el Embajador de Francia en Madrid. La comida no sería de uniforme. El lunes visitaría S. M. la Exposición de Bellas Artes, recibiéndole el Ministro del ramo y el Jurado. Por la noche habría comida en la Embajada, á la que serían invitados, además del Presidente de la República y su familia, los funcionarios franceses que recibieran al Rey, á su llegada. El martes, quedaba á disposición de Su Majestad, que se despediría del Presidente de la República. Se observaría para la salida del Rey, el mismo ceremonial que á la llegada, despidiéndole, en la frontera española, las

Autoridades, como lo recibieron á la entrada por la frontera belga.

Traía, además de este programa, el Comandante Alvear, varios periódicos franceses y también noticias sobre la actitud de la prensa radical de París, y la de los hombres que seguían sus inspiraciones, que eran ambas, á su salida, muy malas. Unos, prometían insolentes manifestaciones; aconsejaban otros, que nadie saliera á las calles del tránsito, para que su soledad sirviera de protesta patriótica, y todos á una denigraban la Regia persona de nuestro Soberano. El Gobierno francés no cesaba, mientras tanto, de dar seguridades, por conducto de su Presidente, M. Ferry, y prometer adoptar las disposiciones convenientes, para que nada ocurriese.

Enteró de todo esto el Ministro de Estado á S. M., que con cuanta detención permitían los múltiples agasajos de los Reyes de Bélgica, examinó la cuestión bajo sus diferentes fases, y aunque el hablar de prudencia á un Monarca español, joven de veinticinco años, ante un peligro que no pasaba entonces

de mera presunción, era cosa algo difícil, el Marqués de la Vega de Armijo indicó al Rey las probabilidades de un mal recibimiento, por parte de las turbas de París, no obstante los esfuerzos que hacía el Gobierno francés para evitarlo.

Su Majestad le observó, con razón, que cualquiera demostración que se hiciese por el populacho, caería más que sobre su Real persona, sobre el Gobierno y Autoridades que no la evitaban, y que por otra parte, la actitud correcta, en que el Embajador manifestaba hallar al Ministerio francés, especialmente á su Presidente, no permitía hacer al de la República un desaire, fundado sólo en suposiciones, que podían resultar ilusorias. Continuaba, pues, el Rey en su decisión de ir á París, mientras el Duque de Fernán-Núñez, cuya situación era como se ve bien delicada, nada dijese que agravase las cosas. Lo único á que renunció Su Majestad, para evitar todo pretexto y complicaciones al Gobierno francés, fué á la visita que tenía proyectado hacer á sus parientes cercanos,

los Condes de París, que lo esperaban en su palacio de Eu.

Conocida ya la determinación del Rey, telegrafió el Ministro de Estado al Embajador en París, que S. M. saldría al día siguiente y que aceptaba el programa traído por el Agregado militar, hasta el martes, en que recobraría Don Alfonso XII el incógnito, y que S. M. dejaría de ir al palacio de Eu. Añadía el Ministro, que confiaba en que el Gobierno francés evitaría toda manifestación que lastimase al Rey y á España.

Al regresar del teatro de la Monnaie, la misma noche del viernes, 28 de Septiembre, se recibió nuevo telegrama del Duque de Fernán-Núñez, participando que el estado de la opinión era aquel día menos desfavorable, por la presión que ejercía en algunos periódicos de gran circulación la actitud del Gobierno, especialmente la del Presidente, M. J. Ferry, que era de todo punto satisfactoria. En vista de esto, ¿cabía ya el negarse á ir á París, sin exponerse á demostrar una prudencia exagerada, y una desconfianza ofensiva para el

Gobierno de una gran nación, vecina nuestra?

Á las ocho y media de la mañana del sábado 29, telegrafió el Ministro de Estado, desde Bruselas aún, al Presidente del Consejo de Ministros, en Madrid, que, según manifestaba el Embajador en París, la situación allí había mejorado; pero que, esto no obstante, Su Majestad, que salía para París dos horas después, permanecería en aquella población el menor tiempo posible, siguiendo probablemente, para Madrid, el martes, 2 de Octubre, sin ir á Eu.

Habiendo, pues, salido de Bruselas á las diez de la mañana el tren Real belga, llegó á las once y veinticinco minutos á Feignies, primera estación francesa, donde esperaban á S. M. los Sres.: Jules Cambon, Prefecto del Departamento del Norte (cuyo hermano Paúl representaba á Francia en Túnez); Gabriel Bouffet, Secretario general de aquella Prefectura; Adrien Arnauld de Praneuf, Vicepresidente del Consejo de Prefectura; Georges Delaporte y Ed. Joppé, Vocales del mismo Consejo (este último pasó poco después

á la Presidencia del Tribunal civil de Hazebrouck); Pasques, Subprefecto de Avesnes; General Hubert de la Hayrie, Jefe de la primera Brigada (trasladado más tarde á Reims, con el ascenso á General de división) y su Ayudante el Teniente Lourdat, del 43.° Regimiento de infantería de línea; Dufand, Coronel del 8.° Regimiento de coraceros, y el Teniente del primero de cazadores á caballo, René Arnauld de Praneuf.

Habían, además, venido de París para acompañar al Rey, los Sres.: de Lichtenstein, Coronel del 20.° Regimiento de dragones y Oficial de órdenes del Presidente de la República, puesto por éste á las de Su Majestad durante su permanencia en Francia; Hippolyte Benoit, Comisario de Policía, encargado de la seguridad de la Real Persona; Mathias, Jefe de la Explotación del Ferrocarril del Norte de Francia, y de Fonbonne, Ingeniero de la Compañía, encargado del tren.

Después de cinco minutos de parada, para las presentaciones, siguió el tren Real con los coches belgas directamente hasta

París, habiéndose servido en los coches, al pasar por Maubeuge, á las once y cuarenta y cinco minutos, un almuerzo que Don Alfonso XII y su séquito tomaron en marcha.

Sin incidente alguno durante el trayecto, entró el tren Real en la hermosa estación del Norte de París, á las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde del sábado 29 de Septiembre, habiendo recorrido los 231 kilómetros que hay desde la frontera belga, en cuatro horas y cuarto.

Lo ocurrido, desde este momento hasta las ocho de la noche, fué lo siguiente, según lo recuerdan testigos, y víctimas, podemos decir, presenciales (entre los cuales no faltaron, justo es confesarlo, franceses dignos y pundonorosos), y según también se desprende de las relaciones publicadas por periódicos de tan distintas opiniones, como son: *Le Journal Officiel, Le Figaro, Le Gaulois, Le Clairon, Le Journal des Débats, La Paix, L'Intransigeant, L'Evénement, Le Voltaire, Le Rappel, Le Dix-neuvième Siècle, La Justice, La Ville de Paris, La Petite République, L'Opinion, La*

République Française, Le Soleil, Le Gil Blas, Le Petit Caporal, Le Petit Journal, Le Petit Moniteur, La Bataille, Le Pays, La France, La Liberté, Le National, Le Télegraphe, Paris-Journal, Le Temps y *Le Soir*.

Ciento y un cañonazos, disparados por una batería situada á la orilla del Sena, frente á los Inválidos, anunciaron la entrada del tren en la estación, en cuyo andén (alfombrado todo) formaba, en orden de parada, un batallón de la Guardia republicana, con bandera y su renombrada música, que tocó la Marcha Real española.

En aquel momento, cuentan algunos de los allí presentes, los Sres. Ferry y Mollard indicaron á M. Grévy la conveniencia de adelantarse á recibir al Rey; pero el Presidente de la República se limitó á darles á entender con el gesto y las manos, que permanecía en la sala de espera. Viendo esto M. Mollard, se precipitó, por decirlo así, seguido del General Pittié, en dirección al tren, con nuestro Embajador el Duque de Fernán-Núñez y todo el personal de la Embajada

(Sres. Arellano, Polo, Güell y Sagrario, Secretarios; Peñalver, Conde de Morella, Miquel, Dupuy y Montalvo, Agregados) y el Agregado militar Sr. Rubio Guillén (el otro Agregado militar, Sr. Alvear, venía en el tren Real, según queda dicho). También los siguieron: el hijo y á la vez Secretario de M. Mollard; el Marqués de Casa Laiglesia, y Conde de la Almina, Ministros de España, respectivamente, en Inglaterra y en Suiza; el Gentilhombre de S. M., D. Antonio Caula, y algunos otros distinguidos españoles, á la sazón en París; los Barones Alphonse, Gustave y Nathaniel de Rothschild, y todos los Administradores de la Compañía del ferrocarril del Norte de Francia.

Acompañado por estas personas, y llevando al General Pittié á su derecha y á M. Mollard á su izquierda, se dirigió el Rey con su séquito, hacia la sala de espera (adornada con colgaduras, banderas españolas y francesas, escudos de armas de España y París, cifras de la República, plantas y flores), en cuya puerta esperaba

el Presidente de la República, rodeado de los Ministros presentes en París, á saber: MM. Jules Ferry, Presidente del Consejo; Challemel Lacour, Ministro de Negocios Extranjeros; Martín Feuillée, de la Justicia; Tirard, de Hacienda; Herisón, de Comercio; Raynal, de Obras públicas; Waldeck-Rousseau, de lo Interior; Méline, de Agricultura; y el Vicealmirante Brun, de Marina. El Ministro de la Guerra, General Thibaudin (á quien, sea dicho de paso, atribuían marcada oposición á la Real visita), estaba representado en la estación por el General Vuillemot. Asimismo estaban con el Presidente: el Almirante Peyron; los Generales Lecointe y Thomas, (Gobernador militar de París el primero); los Oficiales de órdenes del Presidente de la República, Coroneles Brugère y Cance; los Comandantes Dessirier y Fayet; Mr. Fourneret, Secretario particular del mismo Presidente; el Comandante Dufour; los dos Prefectos, MM. Camescasse, de Policía, y Oustry, del Departamento del Sena; y, por último, el Barón des Michels, Embajador de

Francia en Madrid, que había querido también ser de los primeros en saludar en la estación al Rey de España, cuya presencia en París respondía á los vivos deseos que repetidamente había manifestado. Los periódicos de oposición hicieron notar la no asistencia del Subsecretario del Ministerio de lo Interior, M. Margue, que acusaban de íntima amistad con Ruiz Zorrilla. No parece, sin embargo, que fuera de rigor la presencia de este funcionario.

El Presidente de la República y los Ministros civiles estaban de frac. Al llegar Su Majestad cerca de la sala de espera, se adelantó M. Grévy, y estrechando la mano del Rey, le dijo que venía á saludarlo en nombre del Gobierno de la República francesa, y que fuera el bienvenido en este país, que se hallaba animado de profunda simpatía hacia España y se consideraba dichoso al ofrecer hospitalidad á S. M.

El Rey Don Alfonso XII, contestó que tenía á su vez un gran placer en encontrarse en Francia, donde en momentos para

él desgraciados, se le había acogido amigablemente y donde había hecho sus primeros estudios.

No parece ocioso consignar aquí que esta entrevista fué lisa y llanamente tal como queda dicho, holgando, por lo tanto, los comentarios de los periódicos de diversos matices que se esforzaron en ponderar la emoción, la actitud digna, la frialdad, etc., con que el Monarca español, según unos, ó el Jefe del Estado francés, según otros, se habían visto y dirigido la palabra. M. Grévy se expresó con la sencillez propia del carácter poco ostentoso que todo el mundo le reconoce, y Don Alfonso XII no necesitaba, para nada, exagerar, en sus palabras y ademanes, la dignidad que ni aun sus enemigos le niegan.

Verificadas las presentaciones, acompañó al Rey, el Presidente de la República, hasta la puerta vidriera que da salida á la plaza de Dunkerque, donde esperaba un landau verde con el escudo de la República (R. F. entre dos banderas tricolores), y en él subió S. M. con el Presidente del Consejo

de Ministros, el Ministro de Negocios Extranjeros y el General Marqués de Peña Plata. Según el ceremonial acordado, tocaba á nuestro Ministro de Estado ir en el coche del Rey; pero la confusión que empezó en aquel instante, hizo que el primer Ayudante de Su Majestad, llevado por su noble adhesión hacia Don Alfonso XII, no esperara para unirse á la Real persona, en momentos un tanto azarosos, á que se cumpliera un programa, cuyos detalles, por otra parte, desconocía. El Introductor de Embajadores, M. Mollard, y el primer Secretario de la Embajada, señor Arellano, precedían, en una berlina, al landau de S. M., al que seguía otro de la Embajada de España, conduciendo al Embajador de Francia, Barón des Michels, á los Marqueses de Alcañices y de la Vega de Armijo y al Duque de Fernán-Núñez. Los demás funcionarios del séquito, de la Embajada, y aun los franceses que debían acompañar al Rey hasta su alojamiento, tomaron como pudieron sus carruajes, y sólo alcanzaron á los tres primeros en las cercanías de la Plaza de la

Concordia, pues reinó bastante desorden en los momentos en que precisamente hacía más falta todo lo contrario.

Y esta ausencia de orden se notó, según periódicos tan autorizados como *La Paix,* por ejemplo, órgano oficioso de M. Grévy, desde bastante antes de la ceremonia; citándose entre otros hechos, el de dirigirse el coche que á las tres y media, trajo á la estación al Presidente de la República, al patio de llegada, en vez de parar en la puerta principal, destinada aquel día al ingreso de las Autoridades y á la salida del Rey y de la comitiva. El hijo de M. Mollard fué quien notó el error y avisó al cochero, y añádese que cuando M. Grevy llegó, después del rodeo que queda dicho, á la puerta principal, ni la tropa le hizo los honores, ni salió persona alguna á recibirlo, no obstante hallarse todo el Gobierno y los más altos funcionarios de la capital reunidos ya en la sala de espera. El mismo carruaje del Presidente, sin esperar, como era de rigor, á que subieran en los suyos las personas que habían de formar la

comitiva oficial, se presentó ante la puerta de la sala, así que arrancó el segundo landau, subiendo en él naturalmente algunos Oficiales del séquito, que hubieron de bajarse y buscar asiento en los otros muchos coches que allí había sin poderse casi mover, por falta de calle abierta entre la muchedumbre, á quien habían dejado invadir la plaza; esto hizo que viniera el Presidente de la República confundido con el séquito Real, hasta llegar á la Rue de Chateaudum, que tomó su cochero para dirigirse al Elíseo. El escuadrón de Coraceros, destinado á escoltar á Su Majestad, no pudo marchar con algún orden, hasta llegar cerca de los Boulevares, yendo antes en grupos irregulares. La Guardia republicana, que debía salir del andén y formar delante de la puerta principal, no pudo conseguirlo, y sólo unos pocos músicos llegaron allí en el momento de echar á andar el carruaje del Rey. Se permitieron vender durante aquel día toda clase de folletos y papeluchos, en prosa y en verso, ofensivos para nuestro amado Soberano.

Formaban la guardia exterior de la estación, dos batallones del 103.° regimiento de Infantería de línea, con bandera y música; pero á pesar de esto y de los numerosos agentes de policía *(Gardiens de la Paix)*, que sin gran energía, esto es público, trataban de establecer un orden relativo, el populacho que desde mucho antes esperaba (no obstante la lluvia que había caído á media tarde), prorrumpió en silbidos y gritos desaforados de «¡Viva la República!», «¡Abajo el hulano!», vociferaciones que no cesaron hasta el boulevard Magenta.

Entre la mucha gente que ocupaba las escalinatas de la iglesia parroquial de San Vicente de Paúl, en la rue Lafayette, llamó la atención un hombre decentemente vestido, que se quitó el sombrero y gritó: «¡Viva el Rey de España!», y cubriéndose en seguida añadió: «¡Abajo el Coronel de hulanos!» Los coches de los Ministros fueron también acogidos con los gritos (de actualidad política) de «¡Abajo el Tonkín!», «¡Abajo los agiotistas!» M. Alfredo Assolant, periodista, se hizo notar

por el ardor con que recorría los grupos de gentuza, excitándolos al alboroto.

M. Ferry, al ver lo que ocurría, y temiendo sin duda mayores desmanes, sacó la cabeza por una de las ventanillas, que el Rey había mandado dejar abiertas, y encargó al Jefe de la escolta, que sus coraceros rodeasen de más cerca el coche, á lo que S. M. se opuso, no queriendo que se variase el orden dispuesto. Uno de los coraceros se cayó, con su caballo, cerca del Square Montholon, y otro algo más lejos, sin hacerse afortunadamente daño de consideración; pero ambos incidentes aumentaron la confusión. El Prefecto de Policía, M. Camescasse, en un coche victoria, acompañado del Jefe de Policía, M. Clement, y seguido algún tiempo por un empleado, de uniforme, á pie, hizo algunos esfuerzos para restablecer el orden; pero fué en vano. La escolta no se rehizo, hasta cerca de la plaza de la Concordia. En la plaza de la Opera, á petición del conocido diputado M. Lefèvre-Portalis, detuvo la policía á un hombre que gritaba: «¡Abajo el hulano!» En

los boulevares, bastante gente saludó al Rey, y en la rue Royale se oyeron gritos de «¡Viva España!», «¡Viva el Rey!», flotando en una ventana de la rue Basse du Rempart y en otra de la rue Royale, banderas españolas.

El Jefe de la escolta, Coronel de coraceros, de encanecidos bigotes, no pudo disimular sus lágrimas de dolor por lo ocurrido, àl despedirse del Rey en la Embajada, en cuyo patio se apeaba S. M. á las cuatro y media, habiendo recorrido la rue Lafayette, plaza de la Ópera, boulevard des Capucines, rue Royale, plaza y puente de la Concordia, Quai d'Orsay, plaza de los Inválidos y rue S.t Dominique.

Al pie de la escalinata, cuyos lados cubrían criados de gran librea, esperaban á Su Majestad, la Duquesa de Fernán-Núñez, con sus dos hijos (los Marqueses de la Mina y de Castel-Moncayo) y muchos españoles de distinción. En la sala, halló el Rey á su augusto Padre, Don Francisco de Asís, que después de abrazarlo y hablar con él corto rato, volvió á su casa de Epinay.

Formaban guardia delante de la Embajada, dos compañías del regimiento de Infantería de línea, núm. 28, que S. M. mandó retirar, quedando sólo media, al mando de un Teniente.

Grande fué la indignación de todos los españoles que estaban en la Embajada, al tener conocimiento de lo sucedido, y los más encontrados pareceres se oían dar en alta voz por unos y otros; el Barón des Michels, demostrando el mayor sentimiento por los hechos incalificables de que en parte acababa de ser también víctima, procuraba calmar los ánimos, y pedía con insistencia que antes de tomar algunas de las resoluciones extremas que oía proponer, se diera tiempo suficiente para que el Monarca español recibiera la más cumplida satisfacción. Algunas personas bien informadas, trajeron entonces la noticia de haberse provocado una crisis ministerial.

Mientras esto ocurría, es decir, hacia las cinco de la tarde, expidió nuestro Ministro de Estado su primer telegrama de París al Presidente del Consejo de Ministros y se concretó

á anunciarle la llegada del Rey, sin entrar en detalles que quedaron para otro posterior. Hecho esto, se acercó á S. M., cuya serenidad era admirable y que le manifestó el deseo de conferenciar con él, en el acto, antes de hacer su visita al Presidente de la República. El Marqués de la Vega de Armijo pudo dominar sus naturales sentimientos y analizando la situación, manifestó al Rey que en vista de lo sucedido, cosa sin ejemplo y que podría repetirse, creía de su deber rogarle que significase al Presidente de la República, que recobraba el incógnito y salía aquella misma noche para España, pues no quería ser causa de perturbaciones, ni exponerse á nuevos ultrajes. Oído por S. M. este parecer, esperó la llegada de los equipajes para ponerse de paisano y hacer la visita de etiqueta á M. Grévy; pero como á las cinco y media no hubieran parecido aún, decidió el Rey no retrasar por más tiempo esta formalidad, y fué al Elíseo, de uniforme, en un coche de la Embajada, con su Mayordomo mayor, y el Coronel Lichtenstein, sin escolta alguna.

Doloroso es decirlo; pero lo cierto es que hubo nuevos gritos injuriosos, al pasar el carruaje por la plaza de los Inválidos, por la avenida Marigny, y más aún, delante del Elíseo. En el primer punto, un muchacho hizo ademán de tirar una piedra, pero fué detenido por un caballero llamado M. Lamouroux, á quien la pillería allí reunida maltrató entonces de palabra, y también de obra. Más adelante otro caballero, M. Ernesto Rosset, gritó repetidas veces: « Viva el Rey » é increpando á los Agentes de policía, que abundaban en todo el trayecto, porque no imponían silencio á la chusma, le contestaron ellos que carecían de órdenes. Dícese que preguntó entonces M. Rosset, si no había ya Prefecto de Policía, á lo que le respondieron los agentes, mostrándole á M. Camescasse, que tranquilamente se encaminaba á pie hacia el Elíseo.

Llegó, pues, S. M., á las cinco y tres cuartos, á este palacio, cuya guardia hizo en el patio los honores de Ordenanza. En el primero de los escalones que conducen al vestíbulo, se hallaban los Oficiales de órdenes del

Presidente de la República, quien á su vez esperaba al Rey, sobre la ancha escalinata, con M. Mollard y el General Pittié, para conducirlo, seguidos del Marqués de Alcañices y del Coronel Lichtenstein, al salón principal. Allí estaban Mme. Grévy y su hija única, casada con M. Wilson (que pasaba por ser enemigo declarado del Ministerio francés). Presentadas ambas señoras á Don Alfonso XII, por M. Grévy, que después les dió á conocer al Marqués de Alcañices, se sentaron todos, quedando el Rey con el Presidente y su familia junto á la chimenea, y en un sofá, algo apartado, el Marqués de Alcañices y el Coronel Lichtenstein, con M. Mollard y el General Pittié.

Unos veinte minutos, próximamente, duraría esta visita, durante la cual M. Grévy, refiriéndose á los actos tumultuosos de aquella tarde, pidió al Rey que no diera importancia á manifestaciones de una minoría insignificante y le rogó con insistencia que aceptara la cacería que le ofrecía para el día siguiente. S. M., galante por demás, no creyó

que convenía, delante de las señoras allí presentes, dar á conocer al anciano Presidente de la República, sus apreciaciones sobre los hechos ocurridos y su proyecto de marchar de París sin tardanza; se limitó á dirigirse á las señoras, con frases indiferentes de mera cortesía, sin contestar afirmativamente á su interlocutor, y se levantó para retirarse, acompañado por M. Grévy hasta la escalinata, y por los Oficiales de órdenes hasta abajo, formando la guardia como á la entrada.

El regreso, por indicación del Marqués de Alcañices y con el fin de evitar, si posible era, nuevos ultrajes, tuvo lugar por la rue de l'Élysée, l'Avenue Gabrielle y la Plaza de la Concordia, reproduciéndose, desgraciadamente, algunas manifestaciones, en los alrededores del Palacio Presidencial y en la expresada Plaza de la Concordia.

Se había entretanto reunido, de uniforme, en la Embajada, todo el Cuerpo diplomático extranjero residente en París, con el objeto de presentar sus respetos al Rey. Recibió S. M. individualmente á los Embajadores

y salió después, con el Ministro de Estado, á otra sala, para recorrer, acompañado del Introductor de Embajadores, M. Mollard, el círculo formado por los Jefes de Misión y el personal de todas ellas. Los Agregados militares alemanes fueron á la Embajada, á pie, y con el uniforme bien conocido de los franceses, sin que nadie los molestara en lo más mínimo. Esta circunstancia, y la de haberse limitado las manifestaciones soeces á dos ó tres puntos determinados, pueden servir de base para sospechar su sentido, significación y poca espontaneidad.

Terminada la recepción diplomática, se retiró el Rey á sus habitaciones para mudarse de traje, y conferenció con los señores Marqués de la Vega de Armijo y Duque de Fernán-Núñez, hablando al poco rato con el Barón des Michels, á quien había convidado á comer. Este caballero, que desde el primer momento se colocó en una actitud muy digna, acababa de volver de paisano y se apresuró á manifestar á nuestro Ministro de Estado, que había presentado su dimisión.

El Marqués de la Vega de Armijo le hizo comprender la imposibilidad de que el Rey asistiese á la cacería proyectada por M. Grévy, para el siguiente día, domingo, y el Barón fué inmediatamente al Elíseo, en un coche de la Embajada, para comunicar esto al Presidente de la República.

Poco tardó en regresar el Embajador dimisionario, con la noticia de haberse suspendido la cacería, y se esforzó en demostrar á todos los altos funcionarios allí presentes, cuán despreciables eran los actos de unos espíritus turbulentos, como siempre los hay en las grandes capitales y sobre todo en París. Estos actos no pudieron, según decía, preverse por el Presidente de la República, ni por su Gobierno, los cuales estaban animados, como toda Francia, de los más amistosos sentimientos hacia España y hacia la Monarquía, é instó nuevamente para que la marcha de Su Majestad no se precipitara.

El Ministro de Estado, que al llegar á la Embajada había hecho llamar á un representante del ferrocarril de París á Orleans,

para disponer la inmediata salida del Rey, si así lo acordaba S. M., encargó á este empleado que estuvieran prontos por si se avisaba; después, á las siete y media de la tarde, telegrafió al Presidente del Consejo de Ministros, en adición á su primer despacho de las cinco, exponiéndole todo lo ocurrido, y manifestándole que su opinión desde el primer momento, vista la debilidad del Gobierno francés, incapaz de impedir ciertas demostraciones (por más que reconocía el Ministro, que esto sea alguna vez difícil), era que el Rey debía recobrar el incógnito y marcharse sin demora.

Todo esto retrasó considerablemente la comida, que no empezó hasta las ocho y media, sentándose á la mesa, además de los Duques de Fernán-Núñez, sus dos hijos y el séquito todo del Rey, los Sres.: Barón des Michels; Coronel Lichtenstein; Marqués de Casa Laiglesia; D. Luis Polo, segundo Secretario de la Embajada, y el Comandante Alvear, Agregado militar. No pudieron asistir, ni el primer Secretario, Sr. de Arellano, por impedirlo urgentes ocupaciones, bien naturales en

aquellos momentos, ni el Teniente francés que mandaba la guardia, por haber comido ya, ignorando la atenta costumbre del Rey; pero S. M. lo mandó llamar para tomar el café. Don Alfonso XII se mostró durante toda la comida muy tranquilo y animado, sosteniendo la conversación, sin tocar ni remotamente siquiera, á los desagradables sucesos de la tarde, por una exquisita cortesía para los dos únicos franceses sentados con él, á la mesa. El digno y pundonoroso Coronel Lichtenstein, sin embargo, apenas pudo comer y tuvo que retirarse muy afectado y algo indispuesto, por cuanto había presenciado y sufrido aquel día.

Después de jugar un rato al billar, con varios de los concurrentes, se retiró el Rey á descansar, dejando, de acuerdo con el Ministro de Estado, toda resolución para el día siguiente, en vista del giro que iban tomando las cosas.

Inútil es entrar en muchos detalles sobre las habitaciones que los Duques de Fernán-Núñez habían preparado para el Rey, pues todo el mundo conoce la esplendidez y el

buen gusto con que hacen siempre los honores de su casa; y fácilmente se comprende el minucioso afán con que cuidaron del alojamiento de un Monarca tan querido por ellos. Destinaron á S. M.: un salón con muebles y colgaduras verdes, en el que, entre muchos y notables objetos de arte, había un biombo cubierto de fotografías de Soberanos y personajes de todos los países, con dedicatorias autógrafas las más de ellas; un cuarto con una hermosa cama maqueada de azul y blanco, siendo de los mismos colores los demás muebles y cortinajes, y sobre la mesa un precioso retrato de la Reina Doña María Cristina; otro cuarto tocador y de baño, y por último, un despacho ricamente amueblado, color grosella.

Antes de recogerse el Ministro de Estado, y pasada ya la media noche, participó al Gobierno español que no había vuelto á ocurrir novedad. El telegrama, teniendo que pasar por el Ministerio de Estado para ser descifrado, llegó á manos del Presidente, Sr. Sagasta, después de haber éste expedido uno á las dos de la madrugada, al Marqués de la

Vega de Armijo, en el que, refiriéndose al de las siete y media de la tarde que daba cuenta de los sucesos relatados, le encargaba aconsejase á S. M. que no se expusiera á la reproducción de lo ocurrido. Creía conveniente el Presidente del Consejo, que el Rey recobrase sin demora el incógnito, abandonando cuanto antes la capital de un país, cuyo Gobierno carece de medios para hacer guardar al Rey de una nación amiga las consideraciones y el respeto que le son debidos.

En la mañana del domingo 30 de Septiembre, al saber el Ministro de Estado que Don Alfonso XII se había levantado, pidió su real venia para hablarle; recibido en el acto, dió cuenta á S. M. de este telegrama del Gobierno, que confirmaba su parecer, y de acuerdo con el Rey envió atento recado al Barón des Michels, para que viniese con urgencia á la Embajada. El objeto de la entrevista era, correspondiendo al buen comportamiento del Barón, informarle sin demora de que Su Majestad, conforme con la opinión de su Consejo de Ministros, había resuelto participar, por

medio de su Embajador, al Presidente de la República, que recobraba desde luego el incógnito y saldría para España en el tren de la noche.

Llegada en esto la hora de las once de la mañana, que S. M. había señalado para oir Misa, fué en un landau de la Embajada, con el Duque de Fernán-Núñez y el General Marqués de Peña-Plata, á la Capilla de Catecismos de la parroquia de Santa Clotilde (27 rue de las Cases), á la que acudieron también: el Ministro de Estado, los demás funcionarios del séquito Real, y casi todo el personal de la Embajada, á pie. Numerosos *Gardiens de la paix* vigilaban el corto trayecto de la Embajada á la Capilla, donde no dejaron entrar público alguno; cosa no difícil, pues había poquísima gente por aquellos alrededores. Sólo un hombre, regularmente vestido, siguió, al regreso, el coche que ocupaba S. M., gritando en francés «Viva el Rey,» y al llegar á la Embajada, añadió «Abajo Grévy.» Fué detenido, según parece, á la puerta misma, cuando al agitar su sombrero, repitió tres veces las mismas voces.

En seguida, salió Don Alfonso XII en una berlina, acompañado de su primer Ayudante, el Marqués de Peña-Plata, y fué á visitar á los Duques de Connaught (Hotel Bristol, place Vendôme). No hallándolos en casa, el Rey dejó allí el carruaje, paseó á pie por los Boulevares, con el General, comprando periódicos y hablando con algunas personas que le eran conocidas, entre ellas un antiguo condiscípulo del Colegio Stanislas; volvió al hotel Bristol, y después de una corta visita á los Príncipes ingleses, regresó, en coche, á la Embajada, á la una y minutos.

El Gabinete de Madrid, al enterarse del telegrama del Ministro de Estado, participándole, después de media noche, que no se habían reproducido incidentes desagradables, le contestó por conducto del Subsecretario, en la mañana de este mismo día, 30 de Septiembre, que si el Gobierno francés daba seguridades de que no se repetirían tales sucesos, podía llevarse á cabo el programa sin modificación.

Acudió en el entretanto, el Barón des Michels, al llamamiento del Marqués de la

Vega de Armijo, y éste, delante del Duque de Fernán-Núñez y del primer Secretario, Sr. de Arellano, manifestó al Embajador francés la decisión del Rey. Insistió el Barón, á fin de que no se adoptara una resolución de tan graves consecuencias para los dos países, sin tomarse algún tiempo, y dárselo á él para conseguir el propósito que había ya indicado la víspera, de que S. M. y España recibiesen entera satisfacción.

Observósele que á aquella hora, las doce del día próximamente, el Presidente de la República no había dado á entender siquiera que pensaba venir á ofrecer esa satisfacción al Soberano que, fiando en las promesas del Gobierno francés, no titubeó en corresponder á sus reiteradas invitaciones, pero que no podía afrontar el riesgo de nuevos ultrajes. El Barón des Michels se esforzó en demostrar otra vez, que la población de París no había tomado parte en las manifestaciones de la canalla; y añadió que iba en el acto al Elíseo. Hízolo en efecto así; tuvo una entrevista con el Presidente de la República, que estaba

almorzando, y volvió sin demora á la Embajada (donde también almorzaba en aquel momento el Rey con los Duques de Fernán-Núñez y sus hijos, el Marqués de la Vega de Armijo, varias personas de su séquito, los Secretarios de la Embajada, el Coronel Lichtenstein y el Teniente Jefe de la guardia); pasó recado al Marqués, que salió al instante á verle, y le manifestó la pena sincera de M. Grévy por lo ocurrido, y cuán dispuesto se hallaba á expresar esto mismo, personalmente, á S. M., presentándole, al propio tiempo, dignas excusas en nombre de Francia. Enteró al Rey, el Ministro, de lo expuesto por el Embajador francés, y se resolvió que el de España fuese á ver al Presidente de la República y le dijera, como se había acordado, que los hechos ocurridos y la interpretación falsa que se daba á la visita de S. M., realizada á instancias del Gobierno francés, con el objeto de demostrar la amistad de los dos países, interpretación que producía dificultades interiores y disentimientos hasta en el mismo Gabinete francés, habían decidido al Rey á tomar el incógnito, de conformidad

con el parecer de sus Ministros, y á salir inmediatamente para España.

Cumplió el Duque de Fernán-Núñez su misión en el acto, y el Presidente de la República, profundamente afectado, preguntó al Embajador si la resolución de S. M. era irrevocable y si rehusaba el banquete, que en su honor tenía preparado, para aquel mismo día. Habiendo contestado afirmativamente el Duque, le rogó M. Grévy que dijera al Rey que deseaba vivamente verle y darle toda clase de explicaciones, para lo cual iría á la Embajada, como en efecto lo realizó, poco después de volver á ella el Duque de Fernán-Núñez.

Llegó, pues, al Hotel de la rue Saint Dominique, M. Grévy, de frac, y acompañado por M. Mollard y el General Pittié, cerca de las cuatro de la tarde. Al apearse del carruaje entregó su gabán al lacayo y se quitó el sombrero al subir la escalinata; en el vestíbulo se hallaban los Secretarios de la Embajada y el del Ministro de Estado, y en la antesala recibieron al Presidente de la República, el Duque de Fernán-Núñez, el

Barón des Michels y el Coronel Lichtenstein, que lo acompañaron hasta la puerta de la sala, donde se hallaba el Rey. M. Grévy expresó á S. M.: «El sentimiento que le habían » causado los sucesos provocados por cuatro » miserables, que no debían confundirse con la » opinión de Francia, en cuyo nombre venía » á presentar sus excusas, y pedir que asis- » tiese el Rey á la comida de aquella noche » en el Elíseo, donde hallaría la verdadera » representación del país.» Contestóle Don Alfonso XII, que si bien no confundía la opinión de Francia con lo sucedido la víspera, no podía estar á merced de semejantes manifestaciones; que su Gobierno y su país, que eran altamente celosos de su dignidad, le habían dictado su resolución; que agradecía sinceramente el paso que en aquel momento daba el Presidente de la República; pero que creía conveniente que fuera conocido de todos, para justificar cualquiera modificación en el acuerdo tomado.

El Presidente, después de manifestar que no tenían hoy, en Francia, leyes

bastante represivas, dijo á S. M. que podía desde luego dar « toda publicidad á sus pala- » bras, participándolas á su Gabinete, para que » las conociera *España entera* ». En vista de estas satisfactorias declaraciones, y teniendo presente el Rey, la trascendencia que á los dos países pudiera traer una tirantez exagerada, accedió al deseo tan viva y reiteradamente expresado por M. Grévy, y aceptó el banquete, para lo cual aplazó su salida de París hasta la mañana del siguiente día, lunes.

No bien había vuelto M. Grévy al Elíseo, recibió nuestro Embajador una cita del Presidente del Consejo de Ministros, M. Ferry, á quien fué á ver sin tardanza, y oyó de sus labios el vivo pesar del Gobierno por los incidentes ocurridos, y la seguridad de que no omitiría medio alguno para dar plena satisfacción á S. M., pues en ningún caso las demostraciones de una minoría incalificable, habrían de ser causa de disgusto entre ambos Estados. Pidióle entonces el Duque, de acuerdo con lo manifestado por el Presidente de la República al Rey, que en el

Journal Officiel se mencionasen las excusas presentadas, momentos antes, por el Jefe del Estado francés, y así lo ofreció M. Ferry.

Como ninguno de los funcionarios españoles habían contestado á la invitación para la comida del Elíseo, pareció conveniente, después de esas dos visitas, avisar que se admitía, y que por tanto, acompañarían todos á S. M.; así se hizo saber á la Presidencia de la República, por medio de uno de los Secretarios de la Embajada.

Tomó el Marqués de Alcañices aquella tarde, las medidas necesarias y expidió los telegramas conducentes á preparar la salida del Rey para Madrid, al siguiente día, por la mañana, y el Ministro de Estado, por su parte, dió cuenta al Gobierno de las dos importantes entrevistas celebradas; pero como su extenso despacho telegráfico estaba destinado á la publicidad, se dulcificaron algo en su redacción, los duros epítetos que empleó M. Grévy, al calificar de *canallas* á los autores de los tumultos de la víspera.

Dióse cuenta á S. M., de lo más

notable de la prensa de la noche anterior y de la de aquella mañana; y sólo admitiendo la carencia de leyes represivas, de que se quejó el Presidente de la República, puede comprenderse que las Autoridades dejaran circular periódicos en que tan insolentemente se atacaba al Soberano de una Nación amiga. Verdad es también que se publicaron sin dificultad, artículos y hasta caricaturas altamente ofensivas para la persona de M. Grévy. Por una coincidencia singular, hija tal vez del descuído de algún empleado, aparecieron simultáneamente en el *Journal Officiel* del domingo, el anuncio de la llegada del Rey, y un aviso del Ministerio de Negocios extranjeros, indicando á los franceses perjudicados por las insurrecciones carlista y cantonal, la manera de gestionar el cobro de las indemnizaciones á que creyeran tener derecho.

El Gobierno francés tuvo la atención de no dejar salir, durante toda la tarde y noche del sábado, telegrama particular alguno dirigido á España, refiriendo lo ocurrido á la llegada del Rey; así es que al enterarse, el

domingo, el Gabinete de Madrid, de los despachos puestos la víspera por los corresponsales de los periódicos, despachos que naturalmente parecían posteriores por su hora de llegada, al expedido en la madrugada por el Ministro de Estado, creyó que las manifestaciones hostiles se habían reproducido, y telegrafió á las siete de la tarde al Marqués de la Vega de Armijo, encargándole que aconsejase á Su Majestad su inmediato regreso á España.

Á las siete y media de la noche, Don Alfonso XII se dirigió, con su séquito, al Elíseo, para asistir á la comida dada en obsequio suyo. Había muchos *Gardiens de la Paix* en la carrera, por donde á aquella hora transitaba poquísima gente, y el coche del Rey fué además seguido, muy de cerca, por ocho ó diez agentes de policía á pie y en traje de paisano, tanto á la ida, como al regreso á la Embajada.

Fué recibido el Rey, con los honores de ordenanza, hallándose, al pie de la escalinata, el cuarto militar del Presidente de la República, y en la meseta, M. Grévy con

su familia. A la comida asistieron, con Su Majestad, además de las personas de su séquito: los Duques de Fernán-Núñez; los Secretarios 1.° y 2.° de la Embajada, Sres. de Arellano y Polo (el primero con su Señora), y los Agregados militares, Sres. Alvear y Rubio Guillén. De funcionarios franceses, sólo había, además del cuarto militar del Presidente de la República, los Ministros á la sazón en París (el de la Guerra estaba representado por el General Vuillemot); la Señora del Ministro de Marina; el Barón des Michels; el Prefecto del Sena, M. Oustry, con su Señora; el Introductor de Embajadores, M. Mollard; la hija de M. Grévy y su marido, M. Wilson (que, como antes dijimos, se suponía ser muy contrario al Gabinete Ferry y á la venida oficial de Su Majestad á París), y por último M. Fourneret, Secretario particular de Monsieur Grévy. El Rey, el Presidente de la República y los funcionarios civiles de ambos países, estaban de frac: los militares vestían uniforme. Su Majestad llevaba la banda de la Legión de Honor, y M. Grévy el Toisón de Oro,

no pendiente de una cinta encarnada, como es costumbre, sino del collar mismo, muy subido, y por consiguiente, casi oculto por la corbata. A las ocho en punto, un Mayordomo ó Maestre-sala, seguido de dos criados, abrió las puertas de la sala, y con voz muy alta dijo: « Sa Majesté est servie ». Ocuparon las dos cabeceras: Don Alfonso XII, entre Madame Grévy y su hija, y enfrente, M. Grévy, con la Duquesa de Fernán-Núñez, á su derecha y la Sra. de Arellano, á su izquierda. Las primeras palabras de los Oficiales franceses, á los españoles que á su lado se sentaron, fueron de atentas satisfacciones por los hechos del día anterior, que anatematizaron duramente. Después de la comida y de tomar café, pasó el Rey á la sala de fumar, donde conversó largo rato con la mayor parte de los que allí estaban; pero principalmente con los Presidentes de la República y del Consejo, Sres. Grévy y Ferry, siendo muy notable la animación de este último, que demostró claramente, durante toda la noche, la satisfacción que le causaba la Real visita. Recorrió

después, S. M., varios salones del Elíseo y el bonito invernadero, acompañado de las señoras y de todos los convidados.

El Ministro de Trabajos públicos manifestó al Marqués de la Vega de Armijo, después de la comida, que para solemnizar y dejar un recuerdo de la estancia de Don Alfonso XII en Francia, había resuelto el Gobierno francés nombrar, sin demora, la Comisión que, de acuerdo con la que designase el de España, había de discutir los detalles del paso de un ferrocarril por el Pirineo central, facilitando, en cuanto fuera posible, la realización de los deseos del Gabinete de Madrid, que había indicado para ello, las cercanías de Canfranc.

Habiendo el Rey manifestado su decisión de marchar en la mañana siguiente, le instó el Presidente de la República, para que admitiese un tren especial y mandó tomar en el acto las disposiciones oportunas; pero los Directores de los Ferrocarriles hicieron observar que el servicio ordinario no permitía introducir, sin peligro, un tren especial por la mañana, existiendo ya uno rápido á las

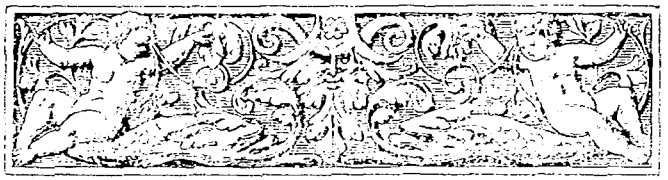
ocho y cuarenta y cinco minutos de la misma, para Burdeos. Dispúsose entonces, y S. M. no creyó deber rehusar, que en ese tren rápido se engancharan tres coches-salones del Estado, para el Rey y su comitiva; y que al llegar á Burdeos, se formara un tren especial, que sin detención, continuaría hasta Irún.

El regreso á la Embajada, se verificó á las once, sin incidente, y tampoco ocurrió cosa alguna al ir, al día siguiente, lunes 1.º de Octubre, á las ocho de la mañana, á la estación del Ferrocarril de París á Orleans, á la que acompañaron á S. M., todo el personal de la Embajada, el Coronel Lichtenstein y el Vizconde de la Cornillière, Agregado militar á la Embajada de Francia, en Madrid.

En la Estación, esperaban para despedir al Rey, en nombre del Presidente de la República: el General Pittié; el Comandante Dessirier; el Barón des Michels, y M. Mollard. También se hallaban allí muchos españoles, que prorrumpieron en vivas al Rey, cuando, á las ocho y cuarenta y cinco minutos, se puso el tren en marcha.

No llegó á transcurrir largo espacio de tiempo, sin que recibiera Don Alfonso XII justas compensaciones, á la desagradable impresión que hubieron de causar en su ánimo los vituperables acontecimientos de París; pues á poco de emprender su viaje de regreso á España, y aun antes de terminar aquel día, había ya oído, de españoles y de franceses, frases de respetuosa consideración y calurosos vivas.

Siguieron estas demostraciones durante todo el trayecto, y fueron dignamente coronadas por la manifestación, tan imponente como espontánea, con que fué el Rey acogido en la capital de la Monarquía.



REGRESO Á ESPAÑA

Y

ENTRADA EN MADRID

Dos horas escasas después de abandonar á París, el lunes 1.º de Octubre, se sirvió el almuerzo, á las diez y media de la mañana, en una sala de la estación des Aubrais (Orleans), y Su Majestad llegó, sin novedad, á la de la Bastide (primera de Burdeos), pocos minutos

antes de las seis de la tarde, deteniéndose allí tan sólo el tiempo indispensable, para separar del tren ordinario los vagones del Estado, y dirigirlos á la estación del Mediodía (St. Jean).

En el andén de la primera, esperaban al Rey, además del Cónsul de España, Don Joaquín de Pereyra, y del Vicecónsul D. Fernando Gómez de Bonilla, ambos de uniforme, las personas más importantes de la colonia española, entre ellas: los Senadores, Marqués de Casa Jiménez y D. José de la Torre Villanueva; el primer Introductor de Embajadores, D. Mariano Remón Zarco del Valle y su hermano D. Antonio, Mayordomo de semana de Su Majestad; D. Enrique Lataillade; Don Miguel Cornejo; D. José de Fagoada; Don Casimiro y D. Eugenio de Irigoyen; D. Juan de Galaicena; D. Juan Sáenz de Vizmanos; las señoras y señoritas de Casa-Jiménez, de Pereyra, de Fagoada y varias otras señoras y caballeros, que pasaron todos después á la otra estación.

Terminada la maniobra, en pocos minutos, partió el tren real, habiendo subido

á él, el Marqués de Casa-Jiménez, el Cónsul y el Vicecónsul de España, y á las seis de la tarde, llegó á la estación del Mediodía, ó de Saint Jean, que estaba sencilla, pero elegante y vistosamente adornada, con escudos, gallardetes y grupos de banderas españolas y francesas, y tenía alfombrado su andén hasta el salón preparado para la comida de S. M. y las personas de su séquito.

El numeroso público francés que allí estaba (bueno es consignarlo aquí), se descubrió al llegar el tren, y prorrumpió en vivas en su idioma á S. M. el Rey, confundiendo sus aclamaciones con las de todos los españoles establecidos en Burdeos, muchos de los cuales habían estado ya en La Bastide. No había parado aún el tren, cuando los coches reales se vieron invadidos por una gran parte de nuestros compatriotas de Biarritz, Bayona y puntos cercanos, que sabiendo que no se detendría hasta Irún, vinieron á Burdeos para ser los primeros en saludar á su Soberano querido, y en expresarle sus sentimientos de adhesión y de protesta contra lo ocurrido en

París. De sentir es no poder estampar aquí los nombres de estos leales; pero eran muchos y no se pensó entonces en tomarlos, y al citar hoy algunos á la ventura, se omitirían otros, lo cual sería muy sensible.

Una hora escasa duró la comida del Rey, y tanto al entrar en la sala-comedor, como á su salida, fué Don Alfonso XII objeto de las más respetuosas demostraciones.

Como al saberse lo ocurrido en París, temieron algunas personas (entre ellas M. Cousolle, suegro del Gentil-hombre Don Antonio Caula), que la parte más avanzada de la población obrera de Burdeos intentara hacerse eco de aquellos desórdenes, acudieron á la policía, y ésta, que ya se había puesto de acuerdo con el Cónsul de España, adoptó todas las medidas convenientes, que afortunadamente resultaron innecesarias.

En la estación de Bayona, por donde pasó el tren sin detenerse, estaba el Cónsul general, Sr. de Alarcón, con todos los residentes españoles, que vitorearon al Rey con entusiasmo, y lo mismo ocurrió en Biarritz y

en San Juan de Luz. En la primera de estas dos últimas estaciones, se paró el tren un minuto apenas, para que se apeasen las personas que en Burdeos habían entrado en él.

Poco antes de llegar á la frontera, invitaba uno de los del séquito de Su Majestad, al Coronel Lichtenstein á que viniera hasta Madrid; este noble Oficial, conmovido ya por las ovaciones de Burdeos y estaciones siguientes, contestó lleno de emoción: « Ve-
» hementes deseos tengo de ir y permanecer
» algún tiempo en Madrid; pero en la ocasión
» presente, no me creo digno de entrar en la
» Corte, con el Rey. »

Despidieron á Don Alfonso XII, en la estación de Hendaya, de uniforme, los mismos funcionarios superiores franceses que lo habían recibido un mes antes; y en la de Irún, esperaban á S. M. las Autoridades españolas, civiles, militares y eclesiásticas, todas sin excepción, rodeadas de gran muchedumbre. Allí se hallaban: el Capitán general D. Jenaro de Quesada, Jefe del Ejército del Norte, y el Coronel D. José Sáenz Miera, Comandante de

la plaza de Irún; D. Constantino Armesto, Gobernador civil de Guipúzcoa; D. José María Unceta, Presidente de la Audiencia de lo Criminal de San Sebastián, y todos los Magistrados; el Barón de Oña, Alcalde de Irún, con todos los Concejales, etc., etc. El Vicecónsul Sr. de Monasterio, subió al tren en Hendaya y, poco antes, habían venido desde Biarritz á Irún, los Sres. de Péreire, á presentarse al Capitán general del distrito, para pedirle que expresase al Rey su vivo pesar por los sucesos de París.

Llegó el tren á Irún, á las doce de la noche, y allí empezó la ovación sin ejemplo en nuestra historia, que sólo había de terminar en los salones del Real Palacio de Madrid. La detención fué únicamente, la necesaria para el cambio de coches; y después de despedirse el Rey afectuosamente de los dos Oficiales franceses que le habían acompañado desde París (Coronel Lichtenstein y Vizconde de la Cornillière), continuó su viaje. Hasta el momento de partir el tren francés, quedó con dichos Oficiales, por orden de S. M., transmitida

por el Capitán general, el Coronel Comandante de la plaza de Irún, y con ellos fué hasta Hendaya, nuestro Vicecónsul, Sr. de Monasterio.

La primera noticia española que recibió S. M., al pisar el suelo patrio, fué la del recibimiento entusiasta, hecho por el pueblo de Madrid, á la Reina y Real Familia, á su regreso del Real Sitio de San Ildefonso aquella misma tarde; recibimiento tan espontáneo, tan imprevisto y tan vehemente, que sobrecogió á S. M. la Reina y á SS. AA. Reales, que no lo esperaban, rompiendo á llorar asustadas, las dos tiernas hijas de nuestros Reyes. Esto sólo era el preludio de lo que para la llegada del Rey, al día siguiente, preparaba en lo íntimo de sus corazones la población del Dos de Mayo.

La orden circulada, en virtud del telegrama del Embajador en París, el 30 de Septiembre, expresando el deseo de S. M. de que las Autoridades del tránsito no se molestaran, fué absolutamente inútil, y desde Irún hasta Madrid, de noche como de día, las poblaciones

enteras esperaban el paso del tren, para vitorear al Monarca, que, en tan pocos años de reinado, supo hacerse querer de todos sus súbditos.

Las estaciones de San Sebastián y de Vitoria estaban iluminadas con multitud de hachones y luces de bengala, confundiéndose allí en apiñada muchedumbre, á pesar de la hora (12'15 y 4'10 de la madrugada) y del tiempo horrible que hacía, todas las clases sociales. El elemento joven de la guarnición de Vitoria, se había adelantado hasta las agujas de entrada de la estación, y rodeando el coche real, lo siguieron hasta la salida, aclamando sin cesar á Don Alfonso XII. Allí fué donde se oyeron los primeros gritos de «¡Viva el Coronel de Hulanos!» «¡Viva el Rey valiente!»

Las señoras de Burgos (7'15 de la mañana) llenaron los carruajes de ramos y de flores, que arrojaban por todas las ventanillas.

En Venta de Baños, á las nueve de la mañana, se desayunó el Rey y recibió á las Autoridades y Corporaciones de la población, á las de Palencia, con el Obispo, y á las

de la provincia de Valladolid, que colocándose en el tren como pudieron, pues su número era crecido, acompañaron á S. M. hasta aquella capital, donde reinó el mismo entusiasmo.

La estación de Medina del Campo, por donde pasó el tren á las once y cinco minutos, se hallaba ocupada por las Autoridades, varios Diputados á Cortes, el Clero, toda la oficialidad de la reserva y gran copia de gente que se extendía por los alrededores del edificio.

A la una y diez minutos de la tarde llegó el tren á Ávila, deteniéndose media hora para que el Rey y su comitiva, vestidos ya de uniforme, pudieran almorzar. No cesaron mientras tanto los vivas, músicas y demostraciones de todas clases.

¡Cuál no sería la agradabilísima sorpresa del joven Monarca, cuando al pararse, inesperadamente, el tren real en la pequeña estación de Las Navas, á las dos, vió en el andén á su augusta Esposa, Doña María Cristina!

La Reina, queriendo adelantar lo más posible el momento de volver á reunirse con Don Alfonso XII, salió de Madrid á las once de aquella mañana, en un tren especial, con el Marqués de Santa Cruz, la Duquesa de San Carlos y algunas otras personas de su servidumbre. Acompañaban también á Su Majestad, los Sres.: Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros; Alonso Martínez, Presidente del Consejo de la Compañía de los caminos de hierro del Norte, y el Conde de Xiquena, Gobernador de Madrid.

Doña María Cristina, conmovida aún, contó al Rey y á las personas del séquito, los detalles de su entrada en Madrid, la víspera, y con gran alegría repetía á todos: «pero esto no es nada, para lo que habrá hoy;» y citaba S. M. á comerciantes que habían regalado con profusión, cintas y telas amarillas y encarnadas; otros habían costeado grandes letreros, que repetían el nombre de la *Calle de Bailén*, en todo lo largo de ella; y, por fin, en pocas horas, se había levantado un arco de follaje, á la entrada de la plaza de Oriente.

En el Escorial, á las tres y media, se encontraba, con la población entera, la Reina Madre, Doña Isabel, que abrazó tiernamente á su excelso Hijo, con quien estuvo pocos instantes, en la sala de la estación.

Unos minutos antes de las cinco de aquella tarde memorable del martes 2 de Octubre de 1883, se divisó á Madrid, y desde el momento en que el tren hubo salido del puente sobre el Manzanares, lo rodearon multitud de hombres de todas las clases de la sociedad, cuyo número fué en aumento hasta el punto de dificultar mucho su marcha. Todo eran vivas á la Familia Real y á España, apretones de manos por las ventanillas á las personas de la comitiva, que se esforzaban en separar á aquellos españoles entusiastas del peligro á que se exponían de ser arrollados por el tren.

Difícil es describir el aspecto de la estación, totalmente ocupada por el pueblo y el ejército, sin distinción de clases. El silbido de las locomotoras, formadas en las vías laterales; las salvas de artillería y los atronado-

res vivas de una muchedumbre incalculable, embriagada de amor hacia sus Soberanos, ensordecían. Sus Altezas Reales las Infantas, Doña Isabel y Doña Eulalia y los Ministros y las Autoridades de elevada categoría, se confundían con los más humildes ciudadanos y con la oficialidad de la guarnición, que había obtenido del Ministro de la Guerra que no formaran las tropas, á quienes, por el contrario, se dió salida aquella tarde. Y no había aún parado el tren, cuando fué literalmente asaltado por los alumnos de las Escuelas militares y jóvenes Oficiales, que querían llevar al Rey en triunfo y se disputaban las flores que del viaje quedaban en los coches.

Confesemos aquí que la emoción era grande y visible en S. M. y en su comitiva; y ninguno de los que la componían tenía al apearse en Madrid, en brazos de sus amigos, el rostro tan sereno y los ojos tan secos, como cuando atravesaron por medio de las turbas de París.

No sin gran trabajo, y cien veces detenidas, separadas y reunidas de nuevo,

consiguieron las Personas de la Real Familia llegar á sus carruajes, siendo muy difícil obtener de la entusiasta multitud, que renunciara á desenganchar los caballos del coche-victoria en que tomaron asiento SS. MM.

El Marqués de Alcañices, de pie en el estribo, no cesaba de apartar á los que constantemente se hallaban casi debajo de las ruedas.

Llevados, pues, los carruajes, más en brazos del pueblo, que arrastrados por los caballos, emprendieron los Reyes y las Infantas su marcha verdaderamente triunfal. Desde la estación hasta la plaza de la Armería, se encontraba toda la población de Madrid, apiñada: á pie, á caballo y en coches de todas clases; pobres y ricos, nobles y plebeyos; todos se habían unido para tributar, á porfía, á su amado Rey, homenajes sinceros que borraran de su memoria los sucesos de París.

Más de una hora se empleó en el corto trayecto de la Puerta de San Vicente hasta Palacio, cuya guardia exterior, los alabarderos, porteros y hujieres, no pudieron

contener la gente que pedía á gritos y obtuvo el permiso de acompañar á los Reyes hasta sus mismas habitaciones. Durante cerca de tres horas desfilaron ante SS. MM., en la Real Cámara, miles y miles de personas de toda la escala social, besándoles las manos y aclamándolas, y sólo á las nueve de la noche pudieron cerrarse las puertas y dar el Rey Don Alfonso XII por terminado un viaje, que constará en la historia.

Al despedirse de SS. MM. el Ministro de Estado, le dijo el Rey, delante de los elevados personajes allí presentes, que «no olvidaría su conducta en esta expedición, ni la »serenidad con que le había aconsejado en »momentos bien difíciles, y que iría gustoso »con él, hasta el fin del mundo.»

CONCLUSIÓN

EL *Journal Officiel*, de París, insertó el día 30 de Septiembre, en su parte oficial, una nota en que, después de describir, sin comentario alguno, la llegada del Rey á París, añade: [1]

1 Hier dimanche, à trois heures, M. le Président de la République s'est rendu chez le roi et a saisi cette occasion de lui exprimer combien certaines manifestations isolées qui s'étaient produites la veille, étaient éloignées des véritables sentiments du pays.

«Ayer domingo, á las tres, el señor Presidente de la República visitó al Rey y aprovechó esta ocasión para manifestarle cuán lejos estaban de los verdaderos sentimientos del país, ciertas manifestaciones ocurridas la víspera.»

La *Agencia Havas,* por su parte, publicó el mismo día, lo siguiente: [1]

«El Presidente de la República se ha personado á las cinco, en la Embajada de España, para visitar al Rey Don Alfonso y expresarle su vivo pesar por los incidentes de ayer. M. Grévy ha dicho que no podía confundirse á Francia con los autores de las manifestaciones hostiles á S. M. y ha rogado al Rey que se

1 «Le Président de la République s'est rendu dimanche, vers cinq heures, à l'Ambassade d'Espagne pour rendre visite au roi Alphonse et lui exprimer, les vifs regrets, des incidents d'hier. M. Grévy a dit que la France ne pouvait pas être confondue avec les auteurs des manifestations hostiles à S. M. et a prié le roi de vouloir bien donner à la France une nouvelle preuve de sympathie en acceptant le banquet qui lui était offert le soir à l'Elysée, banquet auquel tous les membres du gouvernement devaient assister et où S. M. pourrait voir les véritables sentiments de la France à son égard. Le roi d'Espagne a répondu qu'il etait venu à Paris animé de sentiments sympathiques pour la France et qu'il voulait le prouver de nouveau, en acceptant l'invitation qui lui était adressée.

Sa Majesté s'est rendue à sept heures et demie au banquet de l'Elysée.»

dignase dar á Francia una prueba más de simpatía, aceptando el banquete que le ofrecía para aquella noche en el Elíseo, banquete al cual debían asistir todos los miembros del Consejo y en el que podría juzgar S. M. de los verdaderos sentimientos de Francia, hacia su persona. El Rey de España contestó que había venido á París animado de sentimientos simpáticos hacia Francia y quería demostrarlo de nuevo, aceptando la invitación que se le dirigía. S. M. ha asistido á las siete y media al banquete del Elíseo.»

A continuación de esta nota, que, como luego veremos, declaró oficial el Gobierno francés, copia la *Agencia Havas* la relación que de la visita del Presidente M. Grévy publicó *Le Figaro,* que es mucho más detallada y acentuada, y concuerda con cuanto se ha dicho antes, sobre el particular.

Las lacónicas frases que quedan copiadas, del *Journal Officiel,* de París, no parecieron suficientes al Gobierno español, que esperaba encontrar en ellas más extensa mención de las satisfacciones dadas por M. Grévy

á Don Alfonso XII. Y aunque es cierto que el Embajador de S. M. en París, manifestó al día siguiente, que el Presidente de aquel Consejo de Ministros le había autorizado para participar, *oficialmente,* que la declaración transmitida por la *Agencia Havas* estaba redactada por el Presidente de la República, de acuerdo con sus Ministros, y que en este concepto y en esta forma, que es la de costumbre, había sido comunicada á la prensa y al público, esto no obstante, el Gabinete de Madrid contestó al Duque de Fernán-Núñez, que, así como no encontraba suficiente el relato del *Journal Officiel,* tampoco podía quedar satisfecho con las declaraciones de la *Agencia Havas,* sobre todo, cuando el Gobierno francés no daba prueba alguna de querer castigar á los autores del criminal atentado cometido contra las leyes de la hospitalidad, ya que ni sus Autoridades adoptaron las precauciones necesarias para impedirlo, ni se había dictado, que se supiese al menos, resolución posterior que significase el propósito de corregir tan culpable abandono. En su consecuencia, el Gobierno

de S. M. ordenaba á su Representante en París que formulase sin demora la reclamación oportuna cerca del Gobierno francés, á fin de que recibiese España, ofendida en la persona de su augusto Monarca, las satisfacciones que en justicia le eran debidas.

Después de varias entrevistas con el Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, que nuestro Embajador fué explicando oportunamente, por telégrafo, manifestó por el mismo conducto, el 6 de Octubre, que el *Journal Officiel*, en su parte no oficial del mismo día, había publicado la siguiente nota: [1]

« Se han dado diferentes versiones » sobre las palabras que han mediado, en la » visita que el Sr. Presidente de la República » hizo, el domingo último, á S. M. el Rey de » España, para protestar de sus sentimientos » y de los del país. La única relación autén- » tica, es la que ha sido comunicada á los

1 On a donné différentes versions des paroles échangées dans la visite que M. le Président de la République a rendue, dimanche dernier, à S. M. le Roi d'Espagne, pour l'assurer de ses sentiments et de ceux du pays. Le seul récit authentique est celui qui a été communiqué aux journaux par *l'Agence Havas*, et qui doit être considéré comme officiel.

» periódicos, por la *Agencia Havas*, y debe ser
» considerada como oficial. »

En el mismo telegrama decía el Duque de Fernán-Núñez que todos los periódicos de aquel día confirmaban la noticia de la dimisión del General Thibaudin, exigida por el Presidente del Consejo de Ministros, inmediatamente después de la conferencia que tuvo con el Embajador de España, y que se anunciaban asimismo las del Prefecto de Policía y la del Jefe de Policía Municipal, como consecuencia de la sumaria que se instruía.

El Ministro de Estado encargó al Embajador que insistiese nuevamente, para que las explicaciones fuesen más amplias, pudiendo en último caso retirarse, si no se las daban.

Ocurrió en esto, el cambio de Gabinete que dió el poder á D. José de Posada Herrera, encargándose de la cartera de Estado, el día 13 de Octubre, D. Servando Ruiz Gómez. El Duque de Fernán-Núñez hizo, con tal motivo y repetidas veces, dimisión de su cargo, dejando la Embajada, en 17 del mismo

mes, al cuidado del primer Secretario, D. Julio de Arellano.

Siguiendo éste la negociación entablada, telegrafió en 2 de Noviembre, que el Presidente del Consejo de Ministros, M. Ferry, le había manifestado, que en el discurso pronunciado por él, en Rouen, dijo que el acto realizado por el Presidente de la República, había sido una reparación ofrecida á S. M., en nombre de Francia, y que estimaba que esta era la mayor satisfacción que un Estado podía ofrecer á otro.

En 7 del mismo mes, puso el Sr. de Arellano en conocimiento de nuestro Gobierno que el Ministro de Negocios Extranjeros acababa de participarle oficialmente, que había dirigido una comunicación al Encargado de Negocios de Francia en Madrid, que no dudaba daría completa satisfacción al Gabinete español, felicitándose y felicitando á la Embajada, por el término de tan enojoso asunto.

Decía en dicho documento, M. Challemel Lacour, que aunque la cuestión se había considerado, por parte de Francia, como

definitivamente terminada, por el paso espontáneo del Presidente de la República, cerca de S. M. el Rey Don Alfonso XII, la publicidad que el Ministro de Estado, Sr. Ruiz Gómez, quería dar en la *Gaceta,* á la relación oficial publicada por la *Agencia Havas,* no podría motivar observación alguna del Gobierno de la República, felicitándose, por otra parte, el Ministro de Negocios Extranjeros, de que los Consejeros de S. M. Católica hubiesen llevado al examen de este asunto, el espíritu de conciliación y de amistad de que á su vez estaba animado el Gabinete francés, respecto á España. Expresaba al mismo tiempo M. Challemel Lacour, la firme esperanza de que este espíritu continuaría presidiendo á las buenas relaciones existentes entre dos naciones igualmente celosas de su dignidad y unidas por tantos intereses comunes.

El Gobierno español acordó, en vista de esto, insertar, como lo hizo, en la *Gaceta* oficial del 14 de Noviembre, la siguiente nota, dando término al incidente:

» MINISTERIO DE ESTADO. = Exami-
» nados detenidamente los incalificables su-
» cesos ocurridos en París, á la llegada de
» S. M. el Rey, en el mes de Septiembre último
» y explicados por el Gobierno francés con un
» espíritu conciliador, que demuestra los senti-
» mientos amistosos que abriga hacia la Nación
» española y su augusto Soberano, sentimien-
» tos confirmados una vez más, en despacho
» dirigido con fecha 8 del actual, por el Sr. Mi-
» nistro de Negocios Extranjeros de la Repú-
» blica, al Encargado de Negocios de Francia
» en esta Corte, y del que dicho Sr. Represen-
» tante ha entregado copia al Sr. Ministro de
» Estado, el Gobierno de S. M. ha creído llega-
» do el momento de poner fin á un estado de
» cosas, cuya prolongación era contraria á las
» buenas relaciones que siempre han existido
» entre los dos países, disponiendo la publica-
» ción en la *Gaceta* oficial de lo que pasó en la
» visita hecha á S. M. por el Presidente de la
» República, relación que á continuación se
» inserta, declarada auténtica por el Gabinete
» de París y que concuerda con la que envió

»al Gobierno anterior, el Sr. Ministro de »Estado que acompañó en su viaje á Su »Majestad, habiendo sido comunicada á su »tiempo á los Representantes de España en el »extranjero:

»En la visita que el Excmo. Señor »Presidente de la República Francesa hizo á »S. M. el Rey de España, en la tarde del 30 de »Septiembre próximo pasado, M. Grévy ma»nifestó á S. M. que iba á darle una satisfac»ción cumplida en nombre de Francia, á la »cual no debía confundirse con los autores de »manifestaciones hostiles universalmente re»probadas, rogando al propio tiempo á Su »Majestad que diera una prueba de simpatía á »la Nación francesa, aceptando el banquete »que en su honor había dispuesto en el Elíseo.

»S. M. contestó que había ido á Pa»rís animado de sentimientos simpáticos hacia »Francia y que, en vista de las declaraciones »del Presidente de la República, daría una »nueva prueba de aquellos sentimientos, acep»tando la invitación que se le hacía.»

La importancia de este viaje no podía

menos de hacerlo objeto de viva discusión entre los hombres políticos, y de no haber cambiado el Ministerio, pocos días antes de abrirse las Cortes (quedando éstas suspensas no mucho después), es indudable que hubiera ocupado el asunto varias sesiones. Á pesar del reducido número de las que se celebraron, y tomando pie de lo dicho por el Gobierno en la *Gaceta* del 14 de Noviembre y de un párrafo del discurso de la Corona, en la apertura de la nueva legislatura (15 de Diciembre siguiente), atacaron rudamente varios oradores, con motivo del viaje regio, al Ministerio caído en general, y en particular al Marqués de la Vega de Armijo, que, como encargado de la cartera de Estado y Representante del Gobierno durante la expedición, tenía en ella una responsabilidad más directa. Toda ella la asumió este hombre de Estado, contestando en su notable discurso del 15 de Enero de 1884, á los Diputados Sres. González Serrano y Castelar.

Al terminar la relación que precede, del viaje regio, resta sólo expresar el deseo de que Dios permita, á los sucesores del Rey Don Alfonso XII, continuar la era de paz tan felizmente iniciada por este joven Soberano, y que el recuerdo suyo y el de su augusta Esposa Doña María Cristina, vayan unidos siempre al de la regeneración de nuestra querida España.

ÍNDICE

	PÁGS.
Prólogo y viaje á La Coruña	1
De San Sebastián á París	35
De París á Nimphenburg	43
Baviera	47
Austria	55
Alemania	73
Bélgica	93
Francia	105
Regreso á España y entrada en Madrid	155
Conclusión	169

NOTA. — Por un error de copia, en la pág. 12, línea tercera, se dice 3 de *Octubre*, debiendo leerse 3 de *Septiembre*.